

Selección TERROR

EL RITUAL DE LA SANGRE

Donald Curtis



SELECCION
TERROR

DONALD CURTIS

EL RITUAL
DE LA SANGRE

Colección Selección TERROR nº 558

Rocafort, 104 - 08015 Barcelona (España)

Distribuye: Distribuciones Periódicas

Londres, 2-4 - 08029 Barcelona

1.a edición en España: febrero, 1992

1 .a edición en América: julio, 1992

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-406-2590-1

Imprime: Novopnnt, S.A.

Depósito legal: B-1294-90

PROLOGO
(1850)

Los dos cuerpos se agitaban en las sombras de la alcoba. Jadeos estremecidos, roncos susurros de placer y de voluptuosidad sonaban en la oscuridad levemente quebrantada por un reflejo de luz lunar, escapando por una rendija de los espesos cortinajes rojos, de pesado terciopelo, desde el lívido albor de la noche de plenilunio hasta las profundas penumbras de la estancia castellana.

Sábanas de lino puro, con artísticos bordados artesanos y complicados arabescos rodeando las iniciales allí grabadas por los dedos hábiles de las bordadoras, se derramaban como manchas suaves de blancura por encima de un cuerpo broncíneo y musculoso, tan desnudo como el otro, pálido y alabastrino, que se movía bajo el peso del primero, en los apasionados embates amorosos de ambas personas.

Sobre ellos, el dosel suntuoso, palaciego realmente, formaba una bóveda oscura y cómplice, de la que pendían cortinajes de espléndida seda dorada, en pliegues recatados. Los soportes del dosel crujían a veces, cuando la pasión de uno u otro amante se exaltaba en demasía.

Y de repente, la luz inundó la alcoba.

Un doble grito de asombro y terror escapó de los labios de los sorprendidos amantes. Ambos, en su impúdica desnudez, sudorosos y estremecidos aún por el goce pasado, volvieron los rostros demudados hacia el origen del vivo resplandor que, de forma tan súbita e imprevisible, invadía hasta las más recónditas zonas oscuras del dormitorio.

—¡Cerdos, traidores! —clamó una voz airada—. ¡Adúlteros los dos! ¡Concubinato en mi propia alcoba, malditos seáis!

Y una hermosa, arrogante figura de extraordinaria fiereza para su sexo, se adelantó, candelabro en mano, bailoteando la llama de las tres velas, dejando atrás a los tres hombres silenciosos, con ropas de criados, enarbolando discretamente las respectivas lámparas de petróleo, cuya dorada claridad dispersaba las sombras por doquier.

La pareja desnuda del lecho se mantenía inmóvil, sobrecogida por la sorpresa y el temor. Una mata de rubios cabellos femeninos se

desparramaban hasta los senos casi virginales, pequeños y firmes, de rosadas puntas. Los músculos del fornido hombre moreno temblaban ahora por la emoción bajo la epidermis brillante de sudor.

—Tú... —jadeó él, mirando con ojos incrédulos y temerosos a la mujer arrogante y dominadora que se erguía a los pies del lecho, contemplando con infinito desprecio y contenida ira la lúbrica escena —. Tú aquí, Hildegard...

—Sí, Ludwig. Yo aquí —respondió ella, con una voz helada como la escarcha de la madrugada—. Sorprendido ¿verdad? Me imaginabas lejos, muy lejos con los niños, viajando camino de Suiza, del internado... Y era el momento propicio para ti y para tus bajas pasiones y sucios instintos... ¡El momento del engaño, de la traición voluptuosa, de la infame posesión de otra mujer en mi mismo lecho, como escarnio supremo a la que es ante Dios y los hombres tu legítima esposa!

—Hildegard, se puede cometer un error en la vida —murmuró él, patéticamente humillado ante su mujer y sus criados, de rodillas en el lecho, desnudo, casi servil—. Yo lo he cometido en la persona de esta infeliz muchacha... a quien seduje vilmente, lo admito.

—¡Infeliz muchacha, dices! —los ojos coléricos de la hembra castellana, evidentemente la más fuerte y autoritaria allí en esos momentos, se fijaron, inyectados en odio y en sangre, con un raro fulgor demoníaco en el fondo de aquellas hermosísimas pupilas verdes, en la muchacha rubia y desnuda, que se encogió, medrosa, bajo el impacto de aquella mirada—. ¡Llamar así a la muchacha en quien yo confié, en mi propia camarera personal y cuidadora de mis hijos durante sus vacaciones en el castillo! ¡Miserables los dos, hijos de perras mal nacidas, cuando así pagáis mi fe y mi confianza en vosotros!

—Hildegard, por el amor de Dios, todo esto es humillante, vergonzoso... —El señaló a los criados presentes, que desviaban sus ojos, con reparo ante la violenta escena que les era obligado presenciar—. Envíalos fuera, discutamos este asunto como personas civilizadas, y resolvamos, si así lo deseas para limpiar tu honor, una separación justa y legal, un distanciamiento entre tú y yo, que ponga término a tan penoso incidente... Después de todo, yo soy el hombre en esta casa, recuérdalo...

—Tú... ¡el hombre! —Ella soltó una carcajada dura e hiriente, y aproximó de súbito su candelabro a la pareja, tan brusca y violentamente, que las velas encendidas casi prendieron en los

cabellos revueltos de él, y chamuscaron luego el vello de su brazo y mano, alzados de forma instintiva para protegerse del acoso de ella—. ¿Lo ves? ¿Ves bien lo que eres?

Un cobarde, Ludwig, una miserable rata asustada... ¡Tú, el hombre! ¿De quién es la fortuna, de quién las tierras y propiedades que tú has pretendido poseer al unirte a mí en este sucio e insensato matrimonio? ¡Mías, imbécil, mías! ¡Todo lo poseo yo, porque yo soy una Wollenstein, y tú sólo un miserable Von Brandt que no vale nada de nada! ¡Nosotros, los Wollenstein, poseemos este castillo y sus tierras desde tiempos medievales, y mi padre, Konrad Wollenstein, amplió todavía más la propiedad, adquiriendo las tierras vecinas y haciendo de esta hacienda la mayor y mejor de todo el principado, dominando terrenos hasta el mismo horizonte que se alcanza a ver desde el torreón del castillo! ¿Qué has venido a ofrecerme tú a cambio de esto, miserable traidor? ¡Sólo tu virilidad, tu arrogancia de macho, y nada más! Cosas que, a lo que veo, no dudas en compartir con meretrices, criadas y toda laya de gentuza de la más baja estofa!

—Insisto, Hildegard, esto no es forma de resolver el problema... —rogó él—. Deja que liona salga de aquí, que los criados se ausenten, y tú y yo resolveremos lo que...

—¡No! —bramó ella, imperiosa, señalándole con un dedo rígido, acusador—. ¡Está escrito en las leyes del Principado de Lintzenburg que cada señor de su tierra y hacienda dicte justicia a su modo y resuelva las cosas según su propia ley, sin recurrir a tribunales ni reclamar a nadie lo que su propio derecho le concede!

—¿Qué pretendes con eso? —murmuró él, envolviéndose en las sábanas y procurando cubrir, lo mejor posible, a su rubia y joven amante—. Es insensato, impropio de personas como tú o como yo que esto siga así...

—¿Personas como tú o como yo? —repitió ella, sarcástica—. Me sorprendes, cerdo. No tienes nada de persona, ni motivo alguno para compararte conmigo. Me da asco la sola idea de haber sido tu esposa durante estos años, de haber tenido tres hijos tuyos, parte de tu propia sangre y de tu propia carne, y de estar soportando aquí, en mi propia alcoba, humillación semejante. ¿Y todavía pides tú sensatez y civismo a los demás, Ludwig Von Brandt? Estás loco y ciego si piensas que una Wollenstein va a conformarse con tan poca cosa...

E inesperadamente dejó el candelabro sobre un mueble, y llegó hasta la pared, donde se hallaba una panoplia con mazos medievales rematados en esferas de hierro con pinchos, hachas de enorme hoja,

espadones y dagas, sobre un fondo de terciopelo rojo, claveteado.

Desprendió el hacha central, que pese a su considerable peso y volumen mantuvo con rara firmeza entre sus dos manos largas, sensitivas y delicadas. Los fámulos la miraron con sorpresa e incertidumbre. La pareja adúltera, con temor.

—¿Qué pretendes ahora? —murmuró él, palideciendo—. ¿Hacer otra escena ridicula, de mujer celosa y airada, obligándome a ponerme de rodillas a tus pies y suplicar el perdón de nuestros pecados?

—Pretendo algo más que eso, Ludwig —dijo ella, llegando al borde del dosel y mirándolos con odio infinito, el hacha fulgurando en sus manos al reflejo de las llamas de velas y quinqués—. ¡Pretendo venganza y justicia inmediatas, malditos canallas!

Fue todo terriblemente brusco. Alzó el hacha y la dejó caer. Un terrorífico alarido conmovió la estancia. La cabeza rubia de liona Muller, la amante, la jovencita que cuidaba de los niños de la castellana en sus vacaciones, y servía de camarera a la madre, saltó del cuello alabastrino, separada del tronco por un hachazo bestial, seco e implacable. Los criados se encogieron, llenos de pavor, mientras la cabeza de dorados cabellos rodaba como una esfera, entre guiños espantosos, hasta casi sus pies. Un largo reguero de sangre invadía la cama y las alfombras. El cuerpo decapitado, se agitaba en espasmos entre las sábanas. El pavor e incredulidad del amante eran tales, que ni atinó a moverse o reaccionar.

Y el hacha, enarbolada con dantesca furia por Hildegard Wollenstein, cayó por segunda vez.

Decapitado en seco, con el mandoble tremendo que ella propinara, su esposo saltó en el lecho, despidiendo por su cuello limpiamente segado un doble chorro de espesa sangre, que salpicó las manos y el rostro de su asesina, sin que ésta se inmutase lo más mínimo. Otra cabeza, esta vez masculina, morena y fuerte, saltó por los aires, lúgubremente, y golpeó el pavimento, rodando no lejos de donde yacía la de su rubia amante.

Un silencio sobrecogedor, sólo alterado por el tétrico «glu-glu» de los borbotones sangrientos en ambos cuerpos, se abatió sobre la alcoba castellana. El trío de criados era un racimo humano de rostros despavoridos, de miradas desorbitadas, de cuerpos sacudidos por temblores espasmódicos.

—Ya está —dijo ella roncamente—. Parte de la justicia está hecha...

Ve al infierno en hora mala, Ludwig Von Brandt, y maldita sea tu memoria y la de todos los tuyos... Y para que nadie te sobreviva, para que tu carne y tu sangre reposen por siempre en tierra maldita, sin posibilidad de supervivencia, ¡muerte también a cuanto creaste!

Los criados no entendieron esas palabras entonces. Sólo unos minutos más tarde, cuando en la planta baja del castillo percibieron los alaridos de infinito terror y angustia de los tres hijos del matrimonio, el pequeño Ludwig, Gretchen y Otto, comprendieron con supremo horror que su señora se había vuelto loca por la rabia, los celos y el despecho... ¡hasta el punto de estar decapitando también a sus tres hijos!

Aquella noche, un baño de sangre como jamás había existido sembró la muerte y el miedo en las propiedades de la baronesa Wollenstein, en el pequeño principado europeo de Lintsenburg [1], cercano a las fronteras de Suiza y de Prusia.

Fue un setiembre de 1850, particularmente trágico para el Principado. Muchos fueron los que pensaron, incluido el amedrentado servicio del castillo, que esos espantosos crímenes de una enloquecida mujer sedienta de venganza y de sangre quedarían sin castigo, por mor de unas antiguas leyes feudales, todavía en vigor en el principado.

Pero el burgomaestre y justicia del principado, el muy honorable Gunther Morgendach, revisando las leyes de su país, encontró una posibilidad de apelación a los tribunales basándose en una argucia legal. Y como jueces y legalistas ansiaban en el fondo poner coto a los salvajes desmanes de una mujer rica, poderosa y altiva, dispuesta a imponer su propia ley en sus vastas propiedades, y de ese modo el castillo y las tierras de Wollenstein pasarían a manos del Estado, dada la ausencia total de herederos, se amañaron las cosas con visos de legalidad, de modo que la asesina pudiera ser juzgada por los cinco crímenes cometidos.

No sirvieron de nada las apelaciones de ella, ni sus esfuerzos por ganar aquel juicio, basándose en su pleno derecho de administrar justicia dentro de sus dominios, conforme a la vieja ley local de 1385, aún no reformada ni anulada.

Fue encontrada culpable de todos esos crímenes y, por tanto, condenada a la pena capital, que conforme a las leyes del principado, debería cumplir bajo el hacha del verdugo.

Una fría mañana de octubre de 1850, mientras comenzaba a nevar en la cercana aldea de Wollenstein, a la que diera nombre un bisabuelo

de la sentenciada, se cumplía dicha sentencia, y la hermosa cabeza de la mujer de ojos verdes y cabellos negros, de piel de seda pálida y de gesto altivo, rodó como antes rodaran las de su esposo, hijos y camarera, bajo el filo implacable del hacha.

Pero antes de poner su cuello al verdugo, ella se había enfrentado a los silenciosos y sombríos miembros de la autoridad que presidían la ejecución, así como a los numerosos ciudadanos asistentes, y lanzó una terrible profecía, con aquella voz suya, clara, potente, dura y fría, acerada como el mismo filo del hacha que iba a terminar con su joven existencia:

—Recordad todos, vecinos y autoridades de Wollenstein, que muero lanzándoos mi maldición, puesto que éste es también un crimen que vosotros cometéis en mi persona, en nombre de una falsa justicia, amañada por vosotros para apoderaros de mis bienes y hacienda con visos de legalidad. Es mucha la envidia que me tenéis todos, los celos que me profesáis las mujeres, codiciando mi belleza, y el odio que sentís por mí los hombres que no habéis alcanzado el oculto deseo de hacerme vuestra. A todos os digo que volveré, de generación en generación, para recordaros que no he muerto y que, desde más allá de la muerte, retornará mi espectro, veréis mi rostro y mi cabeza, tal como en breve vais a verla, separada del tronco, para que se cumpla el ritual de sangre de los Wollenstein, y caiga otra sangre en nombre de nuestra familia, para acallar la voz de quien, como yo ahora, muere víctima de vuestra infame conspiración contra mi vida. ¡Que mi maldición os acompañe en el futuro, y que en cada generación, el nombre de los Wollenstein sea temido y odiado a la vez como yo ahora os odio a vosotros... y como estoy segura que vosotros vais a temerme desde el momento mismo en que mi cabeza ruede desde el cadalso!

Luego, majestuosa, glacial, distante, se dejó decapitar sin un gesto, sin una súplica, sin el más leve atisbo de temor o de angustia.

Por supuesto, algunos supersticiosos escucharon estas palabras y se persignaron, temiendo que poderes sobrenaturales o diabólicos, de aquella temible mujer, pudieran hacer posible tal amenaza desde el filo de la eternidad.

—¡Bah, paparruchas! —fue todo lo que dijo públicamente el muy honorable burgomaestre y justicia del principado, Gunther Morgendach, en presencia de las gentes, como respuesta a la invocación de la condenada. —Ella ha muerto, y bien lo merecía. Eso es todo. Enterradla en tierra sagrada, pese a sus horribles delitos, y

olvídese el asunto. Dentro de una semana, conforme marca la ley, sin la presencia de un heredero legítimo de los bienes de los Wollenstein, el Estado de Lintserburg se hará cargo en propiedad del castillo, tierra y todos los bienes de Hildegard Wollenstein, puesto que en su testamento figura una cláusula expresa por la que ningún Von Brandt puede, en caso alguno, heredar sus bienes.

Pero en los días siguientes, ciertos acontecimientos torcieron el rumbo de tan felices previsiones por parte del municipio y autoridades de Wollenstein. Porque un día, justamente al cumplirse el sexto de la fecha de su ejecución, un carruaje negro, tirado por dos caballos, llegó a la población, conduciendo a un solitario viajero, alto y enlutado, que se presentó de inmediato al justicia local, presentándole una serie de documentos legales, de irrefutable legitimidad, según los cuales él era el sobrino directo y único de Hildegard Wollenstein.

—Mi nombre es Paul Wollenstein, tengo treinta y cinco años y soy el único heredero legal de cuantos bienes posee la familia Wollenstein, al fallecer la baronesa. Aquí están todas las pruebas del caso, debidamente legalizadas por los jueces prusianos y suizos, señor justicia.

El burgomaestre Morgendach no tuvo más remedio que admitir que así era, y que no existía razón legal alguna para demorar ni impedir la cesión de derechos absolutos, a nombre del recién llegado. El principado acababa de perder un legado de casi cien millones de marcos. Era un rudo golpe para las ambiciones del burgomaestre.

Otro golpe llegó días más tarde. Un sepulturero del cementerio local informó de la posible profanación de la tumba de la baronesa Wollenstein, puesto que la tierra estaba removida y su lápida apartada.

Personados allí el jefe de la policía local y el justicia Morgendach, se procedió a exhumar los restos de la ejecutada. Con evidente horror, todos echaron en falta algo, dentro del ataúd de la mujer ajusticiada: su cabeza.

«A todos os digo que... desde más allá de la muerte, retornará mi espectro, veréis mi rostro y mi cabeza, tal como en breve vais a verla, separada del tronco, para que se cumpla el ritual de sangre de los Wollenstein...»

Esa frase acudió de inmediato a la mente de todos. Y empezó a germinar en el pueblo una idea supersticiosa y macabra: ¿sería posible que la ajusticiada cumpliera su amenaza y volviera de entre

los muertos, de generación en generación?

El justicia no aceptó esa posibilidad en absoluto, y se permitió incluso registrar el castillo de Wollenstein, sospechando que el recién llegado no fuese totalmente ajeno a la profanación y robo macabro. Pero nada halló en el castillo ni sus inmediaciones. La cabeza de Hildegard Wollenstein siguió sin aparecer, y el nuevo y flamante barón se permitió algún duro y despectivo comentario hacia el muy honorable burgomaestre y sus esbirros de la policía local, al despedirles con cajas destempladas de su propiedad.

Por el momento, la historia terminó allí.

Sólo veinticinco años más tarde, una noche de octubre de 1875, el ya retirado y achacoso burgomaestre y justicia del principado. Gunther Morgendach, apareció muerto en su casa, con la cabeza separada del tronco a casa de un terrible hachazo. La sangre lo salpicaba todo, y el espectáculo era realmente terrible.

El crimen quedó sin esclarecer. El actual barón de Wollenstein, Paul, casado y con hijos, poseía una coartada a toda prueba y de nada se le pudo acusar.

La amenaza se había cumplido. Una generación después de morir Hildegard en el patíbulo, había corrido la sangre, como si la venganza de los Wollenstein viniera del más allá...

Y la superstición popular comenzó a tejer la historia y la leyenda...

CAPITULO PRIMERO

Para ser solamente octubre, y no haberse iniciado el invierno, ni mucho menos, la noche era pésima, pensó el viajero, mirando a través de la ventanilla del tren, con expresión de disgusto.

Cierto que en aquellas regiones de Europa el tiempo acostumbraba a ser bastante crudo a partir de septiembre, pero si al frío habitual se le añadía la lluvia y la tormenta eléctrica, la mezcla podía resultar desastrosamente incómoda.

El convoy no podía ir demasiado deprisa por las vías, pese a ser un ferrocarril moderno y rápido, a causa de un desprendimiento de tierras, anunciado por el interventor cosa de una hora antes.

Estaban cruzando el principado de Lintzenburg, en dirección al Este, procedentes de Berna. No podía faltarle mucho para llegar a su punto de destino. De no ser por ese desprendimiento, que había dificultado el tráfico de trenes y hecho más peligrosa la vía, ya estaría en el término de su viaje. Bostezó irritado. Sentía apetito y deseos de sentarse en un confortable recinto donde la noche tormentosa no resultara tan desagradable. Allí, viendo correr la lluvia torrencial por los vidrios de las ventanillas, centellear los relámpagos, y sentir el temblor de los metálicos vagones bajo el impacto del sonido de los truenos, era como estar en medio de la tormenta, desguarnecido. Ni siquiera la calefacción del convoy lograba despejar esa sensación de frío que uno sentía en tales momentos.

Miró su reloj. Eran casi las diez de la noche. Si Dios no lo remediaba, era posible que ni siquiera en el hotel hubiese cena disponible, y tuviera que conformarse con un bocadillo frío y una cerveza, cosa que no le satisfacía en absoluto.

Frente a él, un viajero grueso, de pelo entre rubio y canoso, labios abultados, ojos redondos como los de un pez y traje de mezclilla marrón, leía incansablemente un libro en alemán, dirigiendo frecuentes ojeadas indiferentes a la inhóspita noche, más allá de la ventanilla.

Aquel tipo, pensó él, no parecía preocuparse lo más mínimo por lo inclemente del tiempo.

Se dijo que quizás no habría debido abandonar Londres para un trabajo tan extraño y poco frecuente como el aceptado, tras ponerse

en contacto con los anunciantes del Mail que atrajeran su atención aquella tarde, tomando té en Piccadilly.

En el continente acostumbraban a meterse con la climatología de las islas, pero la verdad es que él había dejado Londres con un tiempo otoñal muy apacible, para llegar al aeropuerto Charles De Gaulle de París con una lluvia molesta y persistente, y ya no había cesado de llover ni en Francia ni en Suiza. Y, por supuesto, menos aún en aquel pequeño principado perdido en medio de Europa, como un pigmeo entre gigantes, y que constituía en realidad el objetivo de su viaje.

Por hacer algo mientras transcurrían los minutos y se iba aproximando a su punto de destino, aunque fuese con tan considerable retraso, el joven británico repasó su breve correspondencia y todo cuanto constituía, por el momento, el reducido dosier del asunto que le había llevado a Lintzenburg.

Todo había comenzado con aquel anuncio recortado del Mail. Un anuncio sugerente para un hombre joven sin trabajo: un salario mensual de mil libras libres de impuestos, durante un período mínimo de seis meses, y máximo de un año, en «un nuevo y acogedor país extranjero», alojamiento y comidas pagadas, «inmejorable ambiente de trabajo», total independencia en el mismo, así como libertad absoluta para elegir las fechas de descanso semanales. Eran los términos del anuncio que aún conservaba entre las demás cosas. Se había puesto en contacto con la agencia que insertara el mismo, sin demasiadas esperanzas de conseguir el puesto, ya que le informaron que al menos un centenar de personas estaban ya inscritas en la lista de solicitudes. El paro en Gran Bretaña obligaba a mucha gente a ir buscándose algo con que mitigarlo.

Para sorpresa suya, había sido llamado días más tarde a la agencia mediante un telegrama. El trabajo era suyo. Personalmente, su futuro patrón había sido quien, de entre todas las solicitudes, eligió la suya. La agencia le entregó una carta cerrada, con un singular membrete en relieve, dirigida a él por su futuro patrón.

Era un membrete con un águila negra de alas desplegadas y un escudo con un torreón y un yelmo, sobre campo azul. Debajo, en una orla, se leía: Wollenstein.

Así supo que su lugar de trabajo sería en la población de ese nombre, concretamente en un castillo de idéntico nombre, propiedad de alguien que, asimismo, tenía tal apellido familiar. Los Wollenstein, por lo que se podía deducir, era una rancia y poderosa familia, en aquel pequeño principado europeo.

Firmaba la carta un tal Karlheinz Wollenstein. Era una breve misiva, en la que se le informaba de la aceptación de su persona, para un trabajo particularmente de erudición, investigando documentos y archivos familiares, propio de una persona que, como él, había demostrado ser bibliotecario, licenciado en Filosofía y Letras, y con gran afición por la historia y genealogía de las familias nobles británicas, tema sobre el cual tenía publicada una serie de artículos en una revista especializada.

Se le notificaba que debía tomar cuanto antes el vuelo a París, y desde allí, por vía férrea, dirigirse inicialmente a Berna, de donde otro tren le conduciría al corazón mismo del principado de Lintzenburg, su meta final.

Junto con la carta, recibió el billete de avión y el de ferrocarril hasta la propia localidad de Wollenstein, así como mil libras a cuenta en un cheque.

Y allí estaba ahora. En ruta hacia su destino.

Realmente, le gustaba esa clase de trabajo. Siempre le había fascinado bucear en el pasado, investigar los orígenes y raíces familiares, desempolvar viejos legajos y libros donde gentes y familias habían dejado parte de su historia y del propio país al que pertenecían.

El interventor interrumpió sus pensamientos. Pasó por el corredor anunciando la proximidad de la ciudad de Wollenstein, donde el tren sólo pararía cinco minutos, ya que era una localidad pequeña y de poca importancia.

El joven inglés se pudo en pie, recogiendo su maleta de la red superior. Observó que su vecino de asiento le miraba sorprendido, despidiendo humo de una pintoresca pipa curva, de estilo bávaro, a la vez que él también se incorporaba, desperezándose y cerrando su libro.

—¿También usted se apea en Wollenstein? —preguntó en correcto inglés, aunque de fuerte acento teutón.

—Así es, caballero —dijo cortésmente el inglés—. ¿Coincidimos, por tanto?

—Desde luego —convino el otro, recogiendo un pequeño maletín y un manojo de periódicos—. No es frecuente que dos personas bajen en esa estación, créame. El pueblo es muy pequeño: una sola calle

principal, algunas transversales, un hotel, una oficina postal, dos o tres tiendas...

Todo ello rodeado de montañas que habitualmente conservan la nieve perennemente, y con caminos impracticables durante todo el invierno. ¿Conoce a alguien en la población?

—A nadie —sonrió el joven, sorprendido por la repentina locuacidad e interés del viajero, hasta entonces totalmente absorto y silencioso—. Voy a trabajar con un tal barón de Wollenstein.

El rostro del otro sufrió una brusca alteración. Enarcó sus cejas hirsutas, le miró con perplejidad y estuvo a punto de que la pipa cayera de sus labios al abrir la boca con aire de estupor. Sus dientes, amarillentos por el tabaco, lo impidieron.

—Vaya, vaya... —comentó, sorprendido—. El barón Wollenstein...

—-Sí. ¿Le conoce?

—¿Quién no conoce en ese lugar al barón? Es la persona más importante de toda la comarca, por supuesto. Desciende de una gran familia, dueña de vidas y haciendas en otros tiempos. Oh, perdone, me estoy mostrando impertinente en sumo grado. Mi nombre es Oskar Kauffman, y soy militar retirado. Ahora me ocupo de asuntos legales, puesto que tengo la carrera de Derecho.

Hago frecuentes viajes desde Suiza al principado a causa de esos asuntos. Y muchos de ellos, puede creerme, tienen relación con el barón Wollenstein y su familia.

—Yo me llamo Martin Derrick y soy inglés, como habrá supuesto. De Londres, para ser más exactos. Me he especializado en trabajos de tipo histórico y genealógico, así como en archivos y bibliotecas.

—Entiendo. De todo eso, los Wollenstein tienen mucho, un auténtico tesoro encerrado en su castillo. Se dice que poseen una de las más extensas bibliotecas de Europa, con incunables realmente únicos. Si ese trabajo le gusta, va a disfrutar usted allí, mi joven amigo.

—Más que gustarme, me fascina —confesó el joven Derrick, complacido con las noticias que recibía del ex militar—. Sobre todo, si puedo trabajar a gusto con todo ello, con toda libertad e independencia.

—Bueno, es posible que le permitan moverse por esos legajos como pez en el agua, señor Derrick, pero la libertad en el castillo de los

Wollenstein es algo relativo.

—¿Relativo? —se extrañó Martin.

—Sí. No quiero sugerir que vayan a tenerle prisionero, claro que no. El barón es un hombre moderno, inteligente y culto, que nada tiene en común con ciertos feroces antepasados suyos, que se creían amos y señores de las vidas ajenas. Pero el castillo está alejado de la población y de las zonas rurales habitadas, en una región solitaria y bastante abrupta, rodeada de desfiladeros, peñascos, caminos nada accesibles y yermos a los que sólo se aventuran los lobos que bajan con los fríos invernales de las montañas. Vivir en ese lugar es como sentirse cautivo en una fortaleza, por muy libre que sea uno moviéndose en su interior. Yo estuve allí en una ocasión durante tres días enteros, por haberse bloqueado los senderos con una gran nevada, y sé lo que me digo, señor Derrick.

—De todos modos, creo que podré soportarlo bastante bien, señor Kauffman —sonrió el joven—.

Él trabajo me absorbe lo suficiente como para no echar de menos el ruido de la gente y de la vida mundana, se lo aseguro.

—Bien, bien, eso está mejor. Me alegra por usted que sea así... —suspiró, mirando a través de la ventanilla chorreante de agua, a una serie de luces que parpadeaban débilmente en la oscura noche. El tres estaba reduciendo su marcha paulatinamente—. Ya estamos en Wollenstein.

Se encaminaron a la plataforma, descendiendo juntos al andén. Por fortuna, una marquesina bastante acentuada les acogió de inmediato, apenas abandonado el convoy, impidiendo que la lluvia torrencial les mojara demasiado.

Martin se sacudió el agua que había mojado su abrigo, y resopló, echando vaho por la boca:

—Uf, qué frío hace aquí...

—Es un lugar situado a mucha altura y rodeado de picachos nevados —explicó el ex militar—. Incluso en pleno verano, hace falta dormir aquí con mantas...

Se adentraron en las dependencias de la estación, pequeña y pintoresca, con tejado empinado para acoger las frecuentes nevadas. Era como una miniatura tirolesa, pensó Derrick, mirando en torno.

Fuera, un automóvil esperaba, aparcado bajo la lluvia. Las varillas del parabrisas se movían incesantes, limpiando el cristal. Sonó un claxon, y las luces de los faros parpadearon intermitentes.

—Creo que le llaman, señor Derrick —sonrió el militar retirado—. Era usted esperado.

—Menos mal... —suspiró el joven—. ¿Y usted, señor Kauffman? Veo que el pueblo está ahí abajo, a cosa de media milla de distancia. No puede caminar bajo esta lluvia...

—No se preocupe por mí. Acostumbra a venir un pequeño coche de alquiler a recoger viajeros, pero nunca es demasiado puntual —rió suavemente y añadió, en tono confidencial—: Su conductor es un viejo muy aficionado a beber aguardiente, sobre todo cuando llueve o nieva... Pero vendrá, esté seguro. Usted vaya por su camino, muchacho, y buena suerte.

Agitó su recia mano en cordial despedida. El claxon del coche volvió a sonar. Derrick corrió bajo el aguacero, para meterse con rapidez en el coche. Era un viejo modelo de color negro, pesado y sólido. Había un hombre sentado al volante, con uniforme de color gris y gorra de plato.

—Buenas noches, señor —saludó con fría cortesía el chófer—. ¿El señor Martin Derrick, de Londres?

—El mismo, sí —asintió el joven vivamente.

—Me han enviado a buscarle. Es una noche de perros, señor. El señor barón le da la bienvenida a Wollenstein.

—Muy amable. ¿Vamos ahora hacia allá?

—En efecto señor. —Puso el coche en marcha, impasible la expresión de su rostro delgado y anguloso. Bajo la gorra escapaban mechones de un cabello muy rubio, con mezcla de mechas blancas.

Rodaron por el sendero, que parecía encharcado por la lluvia, y que no tenía precisamente una buena pavimentación. Serpenteante, ese sendero rodeaba las luces de la población, agrupadas allá en lo hondo de la noche, y se encaminaba a la zona montañosa cercana, en cuyos picachos, de haber existido luna esa noche, la nieve hubiera emitido blancos destellos.

Martin Derrick se acomodó en el mullido asiento del vehículo, viendo correr la lluvia por los cristales de las ventanillas. Atrás quedaron las luces de la estación. Oyó silbar el tren, mientras se alejaba una oruga

de luz trepidando sobre las vías. Creyó distinguir todavía, pese al aguacero, la silueta del ex militar, Oskar Kauffman, diciéndole adiós con el brazo, al pie de la salida de la estación.

—El tren se ha demorado mucho —apuntó el joven, tras un largo silencio, sólo alterado por el ruido del motor y de los neumáticos hundiéndose en los charcos—. Y no tenía vagón restaurante. ¿No sería mejor detenernos en el pueblo a comer algo?

—No es necesario, señor —rechazó el chófer—. Hay cena caliente preparada para usted en el castillo. El señor barón ya había previsto una posible demora en la llegada del tren.

Acostumbra a suceder en esta época del año. Cenará usted lo que desee, antes de retirarse a descansar, puede estar tranquilo.

Eso alivió un poco a Martin. El hecho de haber rendido ya viaje, había logrado despertar en su estómago el gusanillo del hambre. La idea de que le esperaba una cena caliente en el castillo logró levantarle bastante los ánimos. Y eso que ignoraba la clase de cena que el barón había preparado para su nuevo huésped.

Tras un viaje que duró unos veinticinco minutos, por vericuetos de difícil acceso, entre breñas y peñascos azotados por el viento frío y los ramalazos de lluvia, cuando empezaba a escampar ligeramente, alcanzaron el castillo de Wollenstein.

Era una mole maciza, de piedra sólida, sin fisuras, con sus almenadas murallas, sus dos torreones, un puente levadizo que ya no lo era, pero que permanecía, acaso como simple joya arquitectónica, tendido sobre un foso en el que ahora brillaba el agua de lluvia acumulada, y vidrieras ostento-sas de cristal policromado sobre emplomados de gran belleza artística. Había luz tras algunas de esas vidrieras, permitiendo descubrir toda su majestuosidad desde el exterior.

Un impecable mayordomo, alto y severo, digno de un filme de terror, pensó divertido Derrick al verle, le franqueó el paso, mientras el chófer se despedía respetuosamente, para encerrar el coche e ir hacia el ala de servicio del castillo.

—El señor barón le recibirá en seguida —dijo el mayordomo—. Ahora tiene una visita, y pronto estará disponible. Mientras tanto, deme sus ropas para que se sequen, y haga el favor de pasar al comedor. La cena le espera, señor Derrick.

Martin asintió, entregando su abrigo, guantes y bufanda al

mayordomo, así como su maleta, y pasó adonde le aguardaba la cena prometida.

Se quedó de una pieza al sentarse a la larga mesa de caoba, donde habían dispuesto un mantel con las viandas, una botella llena, descorchada para él, de un buen vino color rubí, y las bandejas tapadas, esperando a ser examinadas por el comensal.

La sorpresa fue de lo más grato. Había llegado a imaginar una cena con chuleta de cerdo, salchichas y todo eso que tanto gusta a los de raza germana. Su asombro no tuvo límites al alzar las tapas de plata, dejando ver el cordero rustido, rodeado de patatas, zanahorias y cebollitas, las truchas doradas en mantequilla y hierbas aromáticas, la caliente crema de langosta, el suflé, la fruta, la tarta de manzana y los panecillos dorados, crujientes y apetitosos.

—Cielos, ésta es la cena de un monarca —murmuró Derrick en voz alta, haciéndosele la boca agua—. ¿Se comerá siempre así en esta casa?

Aunque todo era apetecible, eligió solamente la crema de langosta y la trucha, rematando la cena con un poco de tarta, regado todo ello con media botella de vino. Al final, se sintió realmente satisfecho. Iba a encender un cigarrillo, cuando el mayordomo reapareció, llevando en una bandeja café, licores, una caja de cigarros y otra de cigarrillos emboquillados. Puso todo sobre la mesa, se inclinó, respetuoso, e informó:

—El señor barón ya sabe que está usted aquí. Le ruega unos minutos de espera. En seguida estará con usted. Observo que no ha cenado demasiado, señor.

—No lo crea. Me siento realmente harto. Todo era excelente.

—Gracias, señor —sonrió el mayordomo, imperturbable—. Si desea pedirme algo en cualquier ocasión, permítame decirle que mi nombre es Lukas, señor.

—No lo olvidaré. Gracias por todo, Lukas. Pero yo no soy aquí señor de nadie. Solamente un trabajador más, como usted, a sueldo del barón.

—Perdone que le rectifique, señor —sonrió Lukas—

Usted ha sido mencionado por el señor barón como invitado suyo, al tiempo que dedicado a una labor especializada, y como a tal se le deberá tratar en todo momento. Son sus órdenes.

—Entiendo. El barón es muy amable.

—El señor barón es el mejor de los hombres, señor —convino el mayordomo, retirándose con una respetuosa ceremonia.

Derrick frunció el ceño, fumando un cigarrillo en silencio. Se puso una taza de café sin azúcar, pero no tocó los licores.

Le bastaba con el calorcito del vino deambulando por sus venas alegremente en una noche como aquélla.

No le gustaba ser tratado con tanta deferencia. Era sólo un empleado, no un amo de nadie. En Inglaterra no se hacían ya así las cosas, pese a sus tradiciones. Obviamente, las costumbres de Lintzenburg eran muy distintas, al menos en aquella mansión. Ardía en curiosidad por conocer al dueño de la casa, ésa era la verdad.

No tardó en presentarse esa oportunidad. Sonaron voces a su espalda, en el vestíbulo. Giró la cabeza, sin moverse del asiento. Lukas había dejado la puerta sólo entornada. Vio pasar a dos personas, camino de la salida.

Una, era una mujer. Pasó delante, con taconeo firme y seguro. Su voz era agradable, grave y bien timbrada. Pero le sorprendió su tono. Para ser una visita, se expresaba con cierta hostilidad hacia su acompañante.

—Lamento que piense así, Karl. Es un error. Un grave error que puede pagar caro. Ha pretendido advertirle, eso es todo.

Apenas si pudo observarla. Pero era joven, esbelta y de bonita figura. Sus cabellos eran rubios, ondulados, y su rostro, apenas entrevisto, parecía atractivo. Pero no pudo estar seguro de eso.

—No tenemos nada más que hablar usted y yo, Herta —sonó la voz del hombre, cortés, pero seca—. Se lo avisé antes de esta charla. Estoy dispuesto a seguir adelante, pese a quien pese.

—Usted siempre hace lo que quiere, ¿no? Su santa voluntad —acusó ella, glacial.

—Es posible. Me enseñaron a ser así y no puedo cambiar. Buenas noches, Herta. Y no vuelva a insistir. No la escucharé.

—Muy bien. No insistiré. Pero usted pagará las consecuencias de todo esto, Karl. No lo olvide.

Sonó la puerta, cerrándose de golpe. Siguió una pausa. Afuera, roncó un motor. Derrick se preguntó si usaría el mismo coche que él aquella muchacha llamada Herta, o si habría algún otro vehículo esperándola fuera, que él no advirtió entre la oscuridad y la lluvia. El ruido del motor se alejó. Unas pisadas sonaron a su espalda. Martin fingió estar absorto en su café y su cigarrillo. Chirrió levemente la puerta. Los pasos se acercaron a él. Derrick se volvió.

Se puso rápidamente en pie al ver al hombre que, sonriente, avanzaba hacia él, tendiéndole una mano abierta.

—¿Barón Wollenstein...? —comenzó algo cohibido.

—Por favor, no se moleste —le replicó el otro, estrechando su mano —. Está en su casa, señor Derrick. Es un placer conocerle. Soy Karleheinz Wollenstein, su anfitrión.

—Es un honor. Le imaginaba más...

—¿Más viejo? —sonrió el castellano, algo irónico. Afirmó con la cabeza—. Eso les ocurre a todos. Señor Derrick, sólo tengo treinta años de edad. Y muchos proyectos en la cabeza. Siéntese, se lo ruego. Tomaré café con usted. Puede llamarme solamente Karl. Es como lo hacen mis amigos. Si hemos de trabajar juntos, creo que será bueno ser también amigos los dos, ¿no le parece?

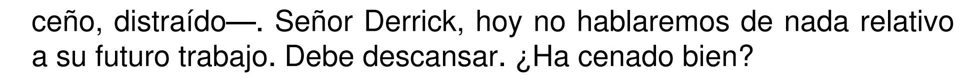
Se acomodó a su derecha y se sirvió café con unos terrones de azúcar. Tampoco tocó las botellas de licor. Pero mordió la punta de un cigarro y lo encendió con calma. Derrick se dedicó a observarle, procurando no ser impertinente.

El barón era, realmente, joven y atlético. Alto, vigoroso, pelo oscuro, ojos pardos, piel ligeramente cetrina, facciones enérgicas. Vestía un corto batín de terciopelo granate sobre su camisa de seda y el pantalón gris, impecablemente planchado. Una letra W. rodeada de las alas de un águila, se había bordado en su batín.

—Habrá de perdonar que le hiciera esperar demasiado —dijo con su voz firme, profunda y autoritaria—. Tenía una visita. Y no se trataba de una reunión agradable, créame, aunque se tratase de una mujer joven y bonita... Bien, señor Derrick, ¿cómo fue ese viaje? Algo pesado, ¿no? Sobre todo, a partir de Berna...

—No hubiera sido tan malo, sin el desprendimiento de tierras. Eso nos demoró.

—Sí, acostumbra a suceder por aquí —convino el barón, frunciendo el


ceño, distraído—. Señor Derrick, hoy no hablaremos de nada relativo a su futuro trabajo. Debe descansar. ¿Ha cenado bien?

—Maravillosamente bien, barón. ¿Me permite que le llame así por el momento? Me es más fácil que tomarme ciertas libertades... En cuanto a mí, puede llamarme solamente Derrick. O Martin, como quiera.

—De acuerdo —sonrió el castellano—. No quiero verle cohibido por nada. Muévase por aquí como si fuese de la familia. Tanto mi esposa como yo, somos personas perfectamente normales, que detestamos nuestra rémora de los tiempos feudales. Los Wollenstein tuvieron una leyenda negra en el pasado, ya irá viéndolo por sí mismo... Y este lugar contribuye mucho a que nos despojemos definitivamente de ella, ni siquiera en pleno siglo XX.

—Lo comprendo. El pasado familiar puede ser motivo de orgullo y de lustre... o un lastre demasiado pesado a veces. Sé bien de esas cosas, porque en mi país sucede igual.

—Sí, supongo que sí —suspiró el barón, apurando su café— . Bien, amigo Derrick. Lukas le mostrará su habitación. Debe dormir tranquilo toda la noche. Le llamarán para desayunar, a las ocho y media. Entonces tendremos tiempo de hablar usted y yo largamente, y le mostraré la biblioteca y el archivo familiar.

—Estoy ansioso por comenzar la tarea.

—Eso me gusta. —Le miró con expresión de simpatía—. Creo que vamos a llevarnos muy bien usted y yo, Derrick. Es una corazonada. Y en estos tiempos, no son fáciles las relaciones entre las personas, como sin duda sabrá usted muy bien.

—Yo también pienso igual, barón. Me gusta este lugar.

—¿De veras? —El enarcó las cejas y le miró, pensativo—. No es mucha la gente que dice eso cuando pisa el castillo...

—No sé lo que pensarán los demás. Le digo lo que yo experimento.

—Eso es más halagador aún. Ojalá nadie logre cambiar sus pensamientos, le digan lo que le digan de este castillo y de su gente...

—¿Por qué habría de cambiar?

—No sé, no sé... —se puso en pie, dando por terminada la conversación—. Bien, Derrick, buenas noches. Y bien venido a casa

de los Wollenstein.

—Buenas noches, barón.

Se retiró el aristócrata con andares suaves que poseían cierta majestuosidad. Lukas apareció poco después, para invitarle a subir a sus habitaciones. Derrick siguió al criado hasta la planta alta, por una ancha y suntuosa escalera de mármol con baranda del mismo material noble. Se advertía que su construcción, aunque antigua, era muy posterior a la época en que se levantó el castillo. Algo así como un parche de lujo, pensó Derrick mientras subía sus amplios peldaños alfombrados con terciopelo rojo oscuro.

Su habitación resultó digna del lugar donde se hallaba. ¡ Alta de bóveda, artesonada con maderas nobles, cama con dosel, muebles pesados y antiguos de gran belleza, cortinajes amplios y espesos, también rojo oscuros, y un ventanal de forma gótica, con vidrieras emplomadas y policromas. Una estancia digna de un rey, sin duda alguna.

—Gracias, Lukas —dijo al mayordomo al despedirse—

Me siento como si hubiera viajado en el túnel del tiempo y ésta fuese otra época...

—A veces, señor, me pregunto si no nos sucede igual a todos —dijo enigmáticamente el sirviente, saliéndose por vez primera de su estricto comportamiento tradicional. Y encogiéndose de hombros, añadió, antes de cerrar la puerta al salir—: Le deseo una noche tranquila, señor.

Derrick se quedó solo en el suntuoso dormitorio. No se sentía cómodo del todo. Tal vez pensó que era demasiado para él. El lecho era suficiente para dos parejas. Seguro que se perdería entre sus lujosas sábanas de lino, meditó, empezando a desnudarse.

En alguna parte del castillo, un viejo y sonoro carillón desgranó hasta doce campanadas poco después. Sonrió, al enfundarse en su cómodo pijama. En los viejos relatos de horror, tan propios de sus compatriotas de las islas, aquélla era la hora de las brujas o de los fantasmas. Estaba en el escenario ideal para algo así. La idea le hizo mover la cabeza, divertido.

Se acostó. Apagó la luz. Era eléctrica. Y las habitaciones tenían buena calefacción central. Por muy castillo medieval que fuese, la vida moderna se imponía incluso entre aquellos muros de piedra.

Estaba tan rendido que pronto se quedó profundamente dormido.

Sólo le despertó la voz susurrante de mujer, susurrándole al oído:

—Despierta... Despierta, extranjero...

Abrió los ojos, con cierto sobresalto. Los verdes ojos de la mujer de pelo negro le miraban en la penumbra de la alcoba, muy cerca de él, como si la desconocida estuviese acurrucada junto al lecho.

CAPITULO II

No supo si saltar de la cama o meter la cabeza entre las sábanas, como hacía de niño cuando su abuelo le había contado alguna historia de fantasmas y oía un crujido en la oscuridad del dormitorio.

Pero ya no era un niño. Le dio rubor reconocer que aquella cara de mujer, pálida y hermosa, junto a su cama, le producía miedo y escalofríos. Aun así, aguantó bien la sorpresa. Se irguió ligeramente en su lecho. Preguntó, con voz ronca por el sueño:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi dormitorio, señora?

Los verdes ojos le miraron con expresión sardónica. Unos labios carnosos pero pálidos, dibujaron una mueca despectiva. No dijo nada. La mujer debió levantarse, porque su rostro, como una blanca mancha, se elevó en la oscuridad, pareciendo flotar sobre él. Quizás vestía totalmente de negro, pensó Derrick, y se confundía con las sombras. Eso daba la impresión de que la cabeza flotaba sola en el aire.

De pronto, sonó una carcajada hueca, que pareció brotar de aquella boca sensual y cruel a la vez, y perderse por la estancia en apagados ecos. Y el rostro desapareció.

Derrick saltó de la cama, ya totalmente despierto. Dio la luz, oprimiendo el interruptor inmediato a su cabecera. No vio nada ni a nadie en torno suyo. La puerta y el ventanal estaban herméticamente cerrados. Ni el menor rastro de la misteriosa belleza era visible allí dentro.

—Dios mío... —jadeó el joven, oprimiéndose las sienes con ambas manos—. ¿Estaba soñando... o he visto realmente ese rostro de mujer?

No se sintió satisfecho con ello. Se puso a registrar toda la estancia, sin olvidar una ojeada bajo el lecho y otra en el interior del alto y pesado armario. No encontró nada. Ni el más leve ruido alteraba la calma dentro del castillo. Fuera, el viento hacía mover los arbustos, y las ramas de los árboles rozaban las vidrieras, produciendo a veces algo parecido a los arañazos de una mano fantasmal en la ventana.

La abrió, para salir de dudas. Una ráfaga helada de viento entró en la alcoba, haciéndole estremecer. Las sarmentosas manos vegetales de

las ramas de un desnudo árbol, mojado por la lluvia, bailoteaban en la noche inhóspita un remedo de danza macabra. Ya no llovía. Miró abajo. El agua I de lluvia brillaba, negra, en el foso del castillo. No se advertía el menor rastro de vida en todo el castillo. Se quedó contemplando el viejo torreón del ala occidental de la vieja fortaleza. Le recordó que aparecía dibujado en el escudo heráldico de los Wollenstein.

Iba a cerrar cuando una luz se encendió en el torreón. Se quedó parado, la mirada fija en aquella forma almenada que se recortaba contra un cielo mitad nublado, mitad tachonado de estrellas.

Los ojos de Derrick no pestañeaban. Aquel ventanal, de vidrieras color caramelo, se recortaba como un ojo de luz de góticos perfiles, en la oscura noche. Por sí solo no tenía nada de particular, pero Derrick se sentía intrigado. Y su interés subió de grado cuando descubrió una silueta allá, en el ventanal, moviéndose de un lado a otro. Pasó dos veces.

Luego dejó de ser visible.

Era una silueta de mujer. La luz se apagó inmediatamente después. El torreón quedó de nuevo en la más completa oscuridad. Derrick volvió al interior de la alcoba y cerró ¡a ventana. Miró en torno, ceñudo.

—No lo entiendo —murmuró—. Esa mujer... Juraría que la vi, realmente. Pero no puede ser. No pudo salir de aquí sin hacer ruido... El pestillo de la ventana es duro y emite un chirrido al ser movido. La puerta tiene un pestillo pasado

por dentro,... No, no pudo haber nadie aquí. Sin embargo... No sé, no sé...

Volvió al lecho. Tomó un sorbo de agua de una jarra puesta en la mesilla. Miró su reloj de pulsera, puesto junto a la jarra. Eran las dos de la madrugada y cuatro minutos, exactamente.

Encendió un cigarrillo y se quedó sentado en el lecho, meditando.

Cuando lo hubo consumido, apagó la luz. Tardó aún en dormirse, con los ojos abiertos en la sombra. Pero ya no vio nada ni a nadie.

—Creo que todo fue un sueño —se dijo entre dientes—. No pudo ser otra cosa...

Poco después, lograba dormirse de nuevo. Soñó. Soñó con un rostro de mujer, sedoso y suave, pálido y hermoso. De verdes ojos y negros

cabellos. Una mujer que miraba con fijeza. Que era, a la vez, voluptuosa y maligna. Y que quizás sólo existía en sus sueños...

CAPITULO III

—Para haber tenido una noche tan mala, no hay duda que el día se presenta francamente agradable, ¿no piensa lo mismo?

Martin Derrick afirmó, mientras saludaba cortésmente a su patrón y anfitrión en una pieza, barón de Wollenstein. Los demás presentes en el comedor le miraron con vivo interés. Y él a ellos.

Eran tres personas más, aparte el propio barón. Dos mujeres y un hombre. La de más edad aparecía sentada ante su plato con una silla de ruedas.

La más joven tenía cabellos castaños, vestía deportivamente, y poseía una mirada llena de picardía. No tendría más allá de diecinueve años, pensó Derrick. Y poseía un busto digno de un concurso de abundancia mamaria.

El hombre, joven también, era pálido y de aspecto enfermizo, con ojos grandes y tristes, de un indefinible color grisáceo. Tenía unas manos demasiado largas y demasiado delgadas y huesudas, apoyadas con indolencia sobre el mantel.

—Pase, Derrick —siguió el dueño de la casa—.

Esta es toda mi familia: mi esposa, Lilly, mi hijo Helmut y mi sobrina Kris... Bueno, Kristina en realidad. Queridos todos, os presento a nuestro nuevo empleado y amigo, Martin Derrick, de Londres.

Tras las presentaciones, Derrick se sentó a la mesa, junto a la muchacha, Kristina. Frente a él quedaban la inválida señora Wollenstein, y su hijo Helmut. Y presidiendo la mesa, el propio barón. La muchacha le contempló curiosa, por encima de aquella especie de mostrador palpitante que eran sus senos.

—Tío Karl nos ha hablado muy bien de usted —dijo en perfecto inglés—. Parece ser que le ha impresionado favorablemente. Y eso no le sucede a menudo con los desconocidos, puedo asegurárselo.

—Todo esto me halaga, señorita Wollenstein —sonrió Derrick—. Esperaba verme tratado simplemente como un empleado más, no como un invitado.

—Papá es así —terció con voz lánguida el joven enfermizo—. A veces es más generoso con los extraños que con los suyos.

Fue un comentario ácido, aunque lo vertió con aparente trivialidad. Derrick notó una repentina y lógica tensión en la mesa, tras esa infortunada apostilla del joven.

—Helmut, estarías mucho mejor callado que diciendo tonterías —le censuró secamente su madre, removiéndose incómoda en su rígido asiento de metal.

—Querida, no seas dura con el muchacho —se mostró conciliador el padre, dando pruebas de una comprensión y tolerancia realmente singulares—. Debe exponer su criterio libremente, siempre que no resulte ofensivo para los que no son de la familia o que no afecten el respeto lógico entre nosotros. Helmut ha expresado una opinión, eso es todo.

—Papá, tu aire tolerante y benévolo me irritan más que un bofetón o un insulto, la verdad —dijo el joven Helmut, volviendo a hacer gala de su osadía o de su mala educación.

Los ojos de Karl Wollenstein no expresaron cólera ni disgusto. Sólo cierta pena. Inclinó la cabeza, comenzando a servirse el desayuno.

—Será mejor que hablemos de esta cuestión tú y yo a solas, en otro momento, Helmut —dijo, algo seco, pero sin perder su compostura ni un momento—. Ahora debemos un poco de respeto a nuestro nuevo huésped. De él espero grandes cosas. No me gustaría que pensara que su estancia aquí iba a ser lo bastante incómoda como para emprender rápida fuga y dejarnos plantados.

—Me temo que no podría hacerlo aunque quisiera, barón —sonrió Derrick. sincero—, Al menos, no durante un mes como mínimo. Estaba en paro al recibir su cheque en Londres. Tenía deudas que pagar y necesidades que cubrir. Gran parte de sus primeras mil libras han volado ya...

—¿Tan mal están en Inglaterra las cosas hoy día? —se interesó la joven Kristina.

—Sí, bastante mal. E irán a peor, sin duda alguna —suspiró el joven licenciado con un encogimiento de hombros, atacando también su desayuno.

Una doncella joven, rubia y con rizos, de grandes ojos azules, servía esta mañana la mesa. Lukas debía ocuparse de otras cosas, evidentemente. Derrick observó que la muchacha era muy joven y con un tipo muy curvilíneo, que su uniforme realzaba gracias a lo ceñido

del raso color negro, en especial en sus nalgas y busto. Derrick también notó que mientras su vecina de asiento, Kris, dirigía a veces miradas poco amistosas a la chica, Helmut parecía bastante interesado por las formas de la doncella, en especial cuando nadie se fijaba en él. El barón y su esposa permanecían ajenos a la cuestión.

El desayuno transcurría en silencio, con una cierta carga tensa, sin duda provocada por las acidas palabras de Helmut. Derrick, buscando a la desesperada en su mente un tema de conversación que relajase un poco los ánimos, tuvo una idea. Y en seguida tuvo motivos para arrepentirse de ello.

—Por cierto, ¿no hay ninguna dama en esta casa que tenga el cabello negro, los ojos verdes y la piel muy pálida? —preguntó trivialmente, mientras extendía la mermelada de frambuesa sobre el pan tostado.

Casi palpó el espesor de un silencio sólido, brusco y terrible, que se hacía en torno suyo apenas terminó de pronunciar sus palabras. Alzó la mirada, sobresaltado.

Todos los ojos estaban fijos en él. Con una fijeza rara, inquietante. Los rostros se habían puesto tensos y algo demudados. El más tranquilo era el dueño del castillo. Su mujer estaba lívida y había escapado de su mano la cucharilla del té. Helmut tragó saliva, con los ojos más grandes que nunca. Kris le contemplaba como si él fuese un aparecido.

—Dios mío, Karl... —gimió la esposa, haciendo crujir el metal de su silla de ruedas al moverse.

—Calma —pidió gravemente el barón. Fijó sus ojos profundos en Derrick—. ¿Por qué ha preguntado usted eso?

—Oh, lamento si ha sido una pregunta algo estúpida —trató de justificarse Martin—. Pero es que anoche... Bien, creo que no tiene importancia. Es un absurdo, créanme...

—Por favor, Derrick, díganoslo, crea lo que crea —rogó persuasivo el barón—. ¿Por qué ha descrito ese rostro de mujer? ¿Qué sucedió anoche?

—Creo que sólo fue un sueño, una vulgar pesadilla —trató de quitar importancia al asunto el joven inglés—. No sé si desperté de pronto o seguía dormido... Creí ver a una mujer inclinada sobre mí, mirándome, llamándome... Le contesté algo. Y desapareció. Luego me levanté, encendí las luces, lo revisé todo... Imposible. No podía haber nadie en

la alcoba. Es posible que este viaje me haya alterado un poco. Le ruego que me perdone por todo esto.

Ellos no dijeron nada. Se miraron entre sí. Las manos de la señora Wollenstein temblaban sobre la mesa, espasmódicas. El barón se limpió los labios con su servilleta. De repente, nadie parecía tener apetito allí.

Derrick de nuevo pensó que el ambiente del desayuno era cualquier cosa menos cordial. Y tuvo su segunda idea pésima de la mañana.

—Eso no fue todo —dijo, dando vueltas a su café—

Asomé a la ventana, por si alguien la había abierto y entrado por ella. Ya no llovía. Eran las dos o poco más. De repente, se encendió una luz en el torreón occidental...

—¿Dónde? —la pregunta del barón, esta vez, fue casi un chirrido áspero.

A Kris se le cayó la taza al suelo. La porcelana fina se hizo añicos. Derrick notó todo eso y se maldijo por su nuevo error. Pero resolvió terminarlo de una vez:

—En ese viejo torreón del lado occidental del castillo, barón... Una ventana de cristales color caramelo se iluminó. Una sombra de mujer pasó dos veces por ella. Luego, la luz se apagó de nuevo... Y eso, seguro, no lo soñé... aunque supongo que carece de importancia...

No debía carecer de importancia, a juzgar por lo que sucedió.

La esposa del barón lanzó un grito de horror, se agitó de modo convulsivo en su silla, y se desplomó hacia atrás, quedando inmóvil, con los ojos en blanco.

Había perdido el conocimiento.

Todos sus familiares, y el propio Derrick, se apresuraron a ponerse en pie, corriendo hacia ella.

* * *

Era una biblioteca realmente excepcional.

Muros repletos de volúmenes hasta el alto techo, extendiéndose en casi cincuenta o sesenta metros cuadrados, aparte de una serie de muebles donde se apilaban otros muchos libros, recubiertos de polvo o telarañas. Y al fondo, tras una puertecilla, otra cámara repleta de

legajos, incunables y volúmenes de gran rareza, archivados en estanterías especiales, cerradas con llave en sus vitrinas encristaladas.

—Cielos, esto es como adentrarse en otro mundo —murmuró Derrick, fascinado, contemplando todo aquello—. Supongo que habrá ediciones en todos los idiomas...

—Absolutamente en todos —asintió el barón—. Incluso tenemos pergaminos en sánscrito. Y papiros egipcios, tablas persas, antiguas ediciones chinas e hindúes... Pero con ser todo eso importante, lo es mucho más para mí lo que conserva eso otro salón, el del fondo, porque en él está la historia de nuestra familia, entre otras muchas cosas.

—Comprendo. ¿Por dónde debo empezar?

—Por lo que nos afecta a los Wollenstein, desde luego. Posteriormente, una vez ordenado y clasificado todo, podremos pasar a ocuparnos de todo esto adecuadamente. ¿Qué le parece a usted?

—Por supuesto, como usted decida. Ambas tareas son apasionantes.

—Y minuciosas y difíciles, supongo.

—Sí, quizás. Pero lo difícil y complejo, cuando gusta, puede ser fascinante.

Pasaron a la cámara reservada a legajos, documentos familiares y toda clase de material relativo a la familia y a la historia misma del pequeño principado, desde tiempos del medievo.

Derrick comenzó a recorrer las estanterías, fijándose en algunos polvorientos legajos atados con viejos cordeles. Sus ojos brillaban, excitados ante todo aquello que tanto le atraía.

De pronto, se detuvo en seco. Sus ojos contemplaron algo, en la pared del fondo. Aunque la luz del día allí era escasa, por haber sólo un angosto ventano asomado a un patio interior del castillo, su leve claridad bastó para vislumbrar, colgado de la pared más oscura de la estancia, un enorme óleo enmarcado en madera dorada, cribada por la carcoma. El polvo y las telarañas no lograban impedir que, entre la grisácea capa envolvente, destacase, con fuerza propia, la altiva figura femenina, envuelta en terciopelo oscuro. Y, sobre todo, el rostro.

Martin Derrick se quedó fascinado, contemplando aquel rostro pálido,

hermosísimo, entre cruel y lascivo, de larga melena negra, casi azulada, de enormes ojos verdes...

—Cielos... —murmuró Derrick, perplejo, sobrecogido.

—¿Qué, amigo mío? —preguntó con voz tensa el barón, mirándole fijamente.

—Esa mujer... ¿quién fue?

— Hildegard Wollenstein, una antepasada. Murió en 1850... ¿Por qué lo pregunta, Derrick?

—No... por nada —trató de eludir Martin, con gesto ambiguo.

El barón le puso una mano sobre el hombro. Le miró fijamente, con ojos que tenían un raro y especial centelleo.

—Por favor, siga —le pidió con voz grave—. Dígamelo todo, se lo ruego.

—Bien... —Derrick meneó la cabeza, volviendo a contemplar a la hermosa e inquietante dama—. Creo... creo que ese rostro... es el que vi anoche, en mi pesadilla...

—Lo suponía —respiró hondo el aristócrata, inclinando la cabeza—. Y me pregunto, amigo Derrick..., si fue sola mente un sueño... o algo muy distinto.

—¿Qué quiere decir se sobresaltó Derrick, mirándole sorprendido.

—Venga conmigo. Quiero enseñarle algo que no pensaba mostrarle en absoluto —dijo con repentina decisión el señor del castillo—. La cripta donde esa mujer está enterrada...

* * *

Era un auténtico mausoleo, pero nadie lo hubiera dicho. El acceso permanecía medio oculto entre la vegetación y la estructura de piedra de lo que parecía simplemente un cobertizo situado detrás del castillo, y a cuya puerta se descendía por unos peldaños que se hundían en el suelo. Enredaderas frondosas cubrían ese acceso estrecho y disimulado. Solamente una cruz de metal forjado, sobre la puerta, indicaba que aquel subterráneo podía ser una capilla o una cripta.

Su interior, lóbrego y húmedo, sólo fue visible gracias a la linterna que Karlhein Wollenstein llevara previsoramente consigo. Salvaron la chirriante puerta de hierro y penetraron en el sombrío recinto, cuyo

olor a cerrado era muy intenso inicialmente.

Martin Derrick contempló, a la luz de la linterna, una cámara circular de piedra, de paredes desnudas, con un sepulcro sencillo y severo en su centro, formado por el soporte y el féretro, ambos de piedra, sin una sola inscripción. El polvo y las telarañas compartían con el musgo la superficie del túmulo funerario.

Ni una tumba más, ni un nicho en los muros. Nada, salvo aquel solitario sepulcro de piedra de lisa superficie, sin nombre ni epitafio. Miró Derrick a su anfitrión, cuya linterna bailoteaba en torno, descubriendo los más íntimos recodos de aquel oscuro lugar.

—¿Sólo una tumba? —preguntó Derrick—. Creí que sería el cementerio familiar...

—No lo es —negó fríamente el barón—. Mi antepasado, Paul Wollenstein, construyó esta cripta en 1850, para sepultar en ella los restos mortales de su tía, Hildegard. Y así ha permanecido desde entonces. Dedicado solamente a ella. A una milla del castillo, en un recoleto lugar, se alza el cementerio de los Wollenstein propiamente dicho.

—Su antepasado hizo construir una cripta muy escondida. Nadie, desde el exterior, diría que aquí se alberga un sepulcro. Más bien parece el acceso a una bodega o sótano —comentó Derrick.

—Así lo quiso hacer, para evitar que alguien profanase la , cripta, y así lo hemos dejado todos los Wollenstein. Ahora ya sabe dónde está sepultada esa mujer que tanto le impresionó en el retrato.

—No fue solamente el retrato, barón. Es que... creí haberla visto anoche, en mi sueño, ya se lo dije. Posiblemente se trató sólo de una alucinación, pero...

—Derrick, usted conocerá más pronto o más tarde la leyenda en torno a Hildegard Wollenstein. La encontrará en los legajos familiares o se la contarán los vecinos del pueblo. De modo que es mejor que la sepa ya. Escuche, por favor...

Y allí, en aquel tétrico recinto funerario, Karlheinz Wollenstein narró a su interlocutor la sangrienta historia de Hildegard Wollenstein.

CAPITULO IV

Siguieron unos días de intensa labor de clasificación y análisis en la biblioteca y archivo familiar de los Wollenstein. Tanta era la actividad a desplegar, tantas las horas de agotador trabajo, que ni tiempo tenía Martin Derrick para pensar en otra cosa que no fuese su tarea.

Años, décadas, generaciones enteras de descuido en la acumulación de lotes de libros de diversas épocas, de legajos, manuscritos y documentos relativos a la historia familiar, habían creado allí un verdadero maremágnum de papeles, volúmenes y toda clase de escritos y carpetas con diversa documentación.

Dejando para más adelante la clasificación de la biblioteca y su formación por un correcto orden, Derrick se sumió en la ímproba tarea de ir ordenando y clasificando los escritos relativos a los Wollenstein, desde inicios del siglo XVIII.

Hacía sus cenas con la familia, pero muchas veces se negó a ir a comer con ellos al comedor, para permanecer más tiempo con los trabajos emprendidos, y almorzaba frugalmente allí mismo, en un corto alto en su tarea.

Así llegó la cena de un sábado, y el dueño del castillo se expresó rotundamente ante su nuevo empleado:

—Mañana no trabajará usted, Derrick, aunque insista en ello —dijo.

—Pero, barón, es necesario que cada día se haga algo, sea festivo o no, y...

—Rotundamente, no —rechazó él con energía—. No permitiré que se trabaje aquí en domingo. Iremos todos al pueblo, para oír los oficios religiosos matinales, y luego dedicaremos la jornada al descanso. Comeremos en el hotel de la población, y haremos algunas compras. Mi hijo y mi sobrina, así lo desean también. ¿Es usted religioso, Derrick?

—Lo normal —sonrió el joven—. Está bien, haré lo que usted dice, puesto que parece haber tomado su decisión.

—Excelente —asintió el barón, complacido—. No hablemos más de ello, por tanto.

Prosiguió la cena animadamente. A Helmut no parecía entusiasmarle

particularmente la idea de pasar unas horas en el pueblo. Kris, en cambio, se mostraba radiante. Derrick se preguntó cómo se podría desplazar la señora Wollenstein, con su silla de ruedas.

—Parece pensativo —observó el barón durante una fase de la cena, casi a los postres, mirando a su empleado—. ¿Puede decirme si algo le preocupa?

—Oh, no es nada especial, barón —rechazó el joven inglés saliendo de su abstracción—. Pensaba en un documento que he hallado hoy entre los legajos a clasificar...

—¿Qué clase de documento?

—Uno extendido en el pueblo, en 1850... Está firmado por un médico y lleva el sello del juzgado.. Se refiere a... a una exhumación de restos...

—Sí —el rostro de Wollenstein se ensombreció. Sus dedos tabalearon sobre la mesa—. Es... la exhumación de Hildegard Wollenstein, para sepultarla en la propiedad. Creo que ya le hablé de eso.

—En efecto —asintió Derrick, notando que todos le miraban ahora, algo incómodos—. Lo que ignoraba es que, como afirma ese documento, el cuerpo hubiera sido hallado... sin cabeza.

Un pesado silencio se desplomó sobre la mesa. El cubierto de la baronesa tintineó en el plato, inseguro. Wollenstein arrugó el ceño, como si se sintiera molesto.

—Oh, ¿eso? —murmuró—. Creí habérselo dicho...

—Usted me dijo que fue decapitada conforme señalaba la ley entonces. No que su cabeza hubiera desaparecido de la tumba, robada sin duda.

Ninguno de ellos respondió de momento. Quien antes habló fue el joven Helmut, con tono desabrido, según parecía ser su costumbre:

—No sé por qué no se mencionan esas cosas en esta casa, como si realmente formaran parte de algo maldito, papá —expuso, volviéndose luego resueltamente a Derrick—. Mire, todos piensan que nadie robó esa cabeza. Sencillamente, desapareció.

—Las cosas que no tienen vida no se van por sí solas, Helmut —le hizo notar con gravedad Derrick, mirándole muy fijo.

—Eso es en otros lugares —rió con aire frívolo la jovencita Kris a su lado—. Nosotros somos una familia muy especial, ¿no lo sabía?

Y volvió a reír. El barón miraba sombrío a su hijo y a su sobrina. La dama inválida golpeó el plato con su tenedor algo violentamente.

—Helmut, Kris, no seáis insolentes. Es mejor no hablar de nada de eso. Callaos los dos.

—Pero, mamá... —se irritó Helmut—. No somos chiquillos. Ni el señor Derrick tampoco. Todos sabemos que ocurre algo, aunque papá sostenga que todo es perfectamente natural y explicable por medios físicos y normales. ¿Por qué no le habláis a Derrick del ritual de sangre de los Wollenstein?

La señora Wollenstein estaba muy pálida. Airado, se incorporó el barón, yendo a tomar su silla por el respaldo. La apartó de la mesa, dirigiéndose fuera del comedor.

—Disculpa, querida, pero será mejor seguir esta charla sin tu presencia, ya que Helmut se ha obstinado en ello. Haré que Lukas te sirva los postres en el gabinete.

Ella no objetó nada, dejándose conducir fuera del comedor. Los dos jóvenes y Derrick se miraron en silencio. La muchacha volvió a reír en voz baja.

—Pobre tía Lilly. Siempre impresionada y asustada por todo...

—Y papá siempre tan autoritario —se quejó Helmut—. No estamos ya en la Edad Media, Kris..., pero se porta como si lo estuviéramos. ¿No piensa igual, Derrick?

—Seguro que la salud de su madre exige ciertas precauciones —dijo Martin, cauto—. Lamento haber iniciado el tema. Creí que era sólo eso, simple leyenda...

—¿Leyenda? —Kris se encogió de hombros—. No creo que las personas que mueren cada veinticinco años en este castillo sean leyenda.

—¿Mueren? ¿Quiénes? —se interesó Derrick vivamente.

—Los que sean. Gente que habita aquí, sean Wollenstein o no. Es la maldición de Hildegard. Ella lo dijo: cada generación conocería su revancha de quienes la enviaban al cadalso. Y así ha sucedido cada veinticinco años.

—Cada veinticinco años... ¿desde 1850? —indagó Derrick, arrugando la frente.

—Sí, eso es.

—Por tanto, sucedió en 1875, en 1900, en 1925, en 1950... y ahora en 1975... ¿ha sucedido ya o, por el contrario... aún tiene que suceder?

—Aún tiene que suceder —dijo gravemente Helmut—.

Todos lo sabemos aquí, aunque pretendamos negarlo y engañarnos nosotros mismos. Papá dice que es un disparate sin base sólida. Pero creo que también teme lo peor. Después de todo, ¿quién ha explicado todavía las muertes acaecidas en esta mansión a lo largo de todos estos años?

—¿Cómo ocurrieron esas muertes, exactamente? —preguntó Martin Derrick.

El barón regresaba ya del gabinete. Traía el rostro ensombrecido. Su voz sonó algo áspera al contestar a Derrick:

—De forma violenta siempre. Una persona murió en 1875: fue el burgomaestre y justicia... una especie de magistrado supremo local, ¿sabe?, Gunther Morgendach, el mismo que había enviado a la muerte a Hildegard. Le decapitaron de un hachazo cuando ya era muy viejo. Pudo ser casual, por supuesto. Un crimen vulgar, sin más.

—Pero en 1900 murieron dos personas, tío —le recordó Kris—. Y ambas mutiladas...

—Lo mismo que las tres que murieron en 1925.

—Y las cuatro de 1950 —remachó Kris, con un suspiro.

Derrick se estremeció. No hacía falta ser un matemático para llevar la trágica cuenta.

—Según esa progresión creciente... ahora les toca el turno a cinco personas —dijo.

—Si esa leyenda fuese cierta, así ocurriría —admitió cansadamente el barón, sentándose a la mesa y apartando de sí el plato sin terminar—. Pero yo no creo que lo sea.

—Papá, no puedes negar la evidencia —protestó su hijo.

—¿Evidencia? ¿Qué evidencia? —se irritó él—. Dos de las víctimas

de 1950 murieron carbonizadas en un accidente de automóvil, cuando abandonaban esté castillo. Pudo ser un vulgar accidente, dado lo peligroso del camino. Y en 1925, una de las tres falleció de una rápida dolencia febril, acaso similar a la gripe que por entonces asoló Europa. ¿Eso demuestra que murieron por la venganza de una muerta? Es ridículo pensar eso, Helmut.

—Danos otra explicación, papá —sostuvo Helmut con firmeza.

—Creo que fueron vulgares asesinatos, como ocurren tantos en el resto del mundo.

—¿Siempre en el mes de octubre, cuando se cumplen los veinticinco años del suceso? —dudó Kris—. No deja de ser raro, tío Karl. Además, no podría ser nadie el mismo asesino, puesto que hace ya ciento veinticinco años que ejecutaron a Hildegard. No hay nadie tan viejo en Wollenstein.

—El anciano Schneider es el más viejo del lugar —comentó Helmut—. Y sólo tiene noventa y ocho años, papá. Aparte de que me parece un hombre totalmente inofensivo...

—Pese a todo, existe una causa lógica y natural, yo lo sé. Algo que lo explique todo racionalmente —sostuvo el barón con energía—.

Por eso, entre otras razones, contraté a Martin Derrick. Confío en que sus investigaciones de la historia familiar nos den un día la clave de todo esto, y la gente deje de vernos como una familia maldita, manchada por una leyenda de sangre. ¿Usted qué piensa, Derrick?

—No sé qué decir... Me faltan argumentos para tener una opinión formada.

—Además, usted vio a tía Hildegard —le recordó Kris vivamente—. La misma noche de su llegada aquí, ¿recuerda?

—Bueno, no sé si la vi despierto o en sueños —trató de eludir Derrick, prudente.

—Luego vio la ventana del torreón encendida —apoyó Helmut—. Y todos los Wollenstein sabemos que esa cámara del torreón jamás se abre a nadie ni nadie la visita. Permanece cerrada desde que Hildegard asesinó en ella a su esposo y a la amante...

—¡Helmut! —rugió su padre airadamente—. Estás exagerando las cosas. Esa cámara se ha abierto en ocasiones. Mi propio padre lo hizo un par de veces, para ordenar su limpieza y aseo. Si luego la cerró de

nuevo, fue para impedir que el servicio abandonara la casa. La superstición popular dice que el fantasma sin cabeza de Hildegard se encierra en esa cámara, y si permanece abierta por las noches, su espectro vagaría por la casa, sembrando la muerte sin piedad. Pero son sólo supersticiones sin sentido.

—Pero tú no abres esa cámara —sonrió su hijo.

—Por la misma razón. Luther, el chófer, Roszy la cocinera, y Marlene, la doncella, se marcharían de inmediato de la casa si eso ocurriera, ya lo han advertido. No puedo permitirme el lujo de quedarnos sin servicio en una mansión como ésta.

—Pero yo vi luz y vi una sombra de mujer en ese torreón, barón —le recordó gravemente Derrick—. Y en ese momento puedo jurar que estaba bien despierto. No soñaba ni veía alucinaciones...

—Averiguaremos si alguien se ha atrevido a entrar en esa cámara —dijo algo nervioso el castellano.

—¿Una mujer... y en plena noche tormentosa? Vamos, tío —protestó irónicamente Kris—. Yo no lo haría por nada del mundo. Y dudo mucho que Roszy o Marlene se atreviesen ni siquiera a aproximarse a la escalera que conduce a la cámara. En cuanto a tía Lilly, aparte su invalidez, tampoco la creo capaz de semejante hazaña...

—Habrá una explicación razonable, estoy seguro de eso —cortó fríamente Karlheinz Wollenstein—. No se hable más del asunto, por favor.

—Sólo una pregunta más, barón —pidió suavemente Derrick.

—¿Sí? —él le miró enarcando las cejas casi agresivamente.

—Estamos terminando octubre. Sólo faltan diez días para noviembre. Y estamos en el año 1975... ¿Eso quiere decir que, necesariamente, en estos diez días... tiene que repetirse la orgia de sangre anunciada por Hildegard Wollenstein?

—Si la leyenda fuese cierta, sí habló con frialdad el anfitrión—. Pero no lo creo en absoluto. La leyenda es mentira. Y estoy dispuesto a probarla, amigo mío. Asunto terminado.

No se habló más de ello. Ni esa noche, ni en días sucesivos. Pero aquel domingo, Derrick observó cómo miraba la gente de la población a los Wollenstein. Se palpaba en torno suyo la superstición. El reverendo Bormann, durante los oficios religiosos, dirigió frecuentes

miradas a la familia cuando hablaba de pasajes bíblicos relativos a la influencia diabólica de Satanás en personas marcadas por el Mal.

Sin embargo, los días continuaron transcurriendo en el castillo sin novedad alguna buena o mala, inmerso Derrick en su tarea clasificatoria. La historia de la familia Wollenstein comenzaba a tomar forma día a día, desde sus turbulentos y oscuros orígenes en plena Edad Media.

Comenzó a nevar tres días antes de terminar el mes de octubre. El frío se hizo muy intenso, y ese domingo no pudieron bajar al pueblo a pasar el día festivo, como en otras ocasiones.

Aburrido, pero queriendo cumplir las órdenes tajantes del barón, respecto a respetar los días de descanso, Derrick se puso a leer algunos volúmenes de la desordenada biblioteca. Estaba inmerso en su lectura cuando un leve chirrido metálico que se aproximaba a él le hizo alzar la cabeza.

Miró a la señora Wollenstein, que hacía rodar su silla de inválida hacia él, a través del salón de la planta baja. Siempre se desplazaba así. Para subir a sus habitaciones, existía un montacargas especial que sólo ella utilizaba.

—¿Leyendo, señor Derrick? —preguntó suavemente ella, mirándole con sus profundos ojos tristes.

—Así es, señora. En algo hay que entretener el día...

—sonrió el joven, dejando el libro e incorporándose para ir a su encuentro cortésmente.

—No, no se mueva —suspiró ella, deteniendo su silla frente a él—. No deseaba molestarle con mi presencia.

—No es molestia, se lo aseguro. —Los ojos de Martin contemplaron el nevado exterior a través de las grandes cristaleras—. ¿Duran mucho los fríos invernales aquí?

—Demasiado —dijo la dama tristemente. Le observó, atenta—. ¿Cómo va su tarea?

—Bastante bien. Creo que en cosa de una semana más, tendré todo ordenado, en lo que se refiere a documentos y escritos familiares.

—Ya. ¿Ha encontrado por fin los documentos de Paul Wollenstein?

—¿Los documentos de Paul Wollenstein? ¿El que heredó estas propiedades al morir Hildegard?

—El mismo.

—No, nada de eso. ¿Existen tales documentos realmente?

—Karl cree que sí. Es su esperanza de parar esto, créame. —Le contempló con rara fijeza—. Él quiere engañarnos a todos, pero le conozco bien.

Está tan convencido como todo el mundo de que Hildegard y su maldición tienen la culpa de todo. Pero se niega a admitirlo.

—Parece ser un hombre bastante práctico, poco dado a creer en fantasmas, señora.

—Eso es lo que aparenta. ¿Por qué cree que le ha contratado, Derrick?

—No sé... Supongo que para lo que estoy haciendo: recopilar, ordenar, clasificar...

—Sí, sí. Pero todo eso conduce a un solo objetivo que se ha fijado, y cree que yo lo ignoro.

—¿Qué clase de objetivo, señora?

—Encontrar la cabeza de Hildegard —sentenció ella sombríamente—. Y destruirla, para así terminar con la maldición de una vez por todas.

—Cielos... —se sintió sobrecogido Derrick—. ¿Eso..., eso piensa él?

—Sí. Y yo con él, se lo confieso. Sabemos que Paul se

apoderó de esa cabeza, con algún oscuro motivo.

Era un hombre extraño. Con él se inició esta pesadilla. Ocultó en alguna parte esa cabeza, sin sepultarla... Y esa cabeza, señor Derrick..., esa cabeza, estoy segura de ello, tiene vida propia después de muerta. Nos acecha, nos vigila, está en todas partes... Hasta que no sepamos dónde la ocultó Paul y sea destruida, no habrá paz, se lo aseguro. Y el ritual de la sangre seguirá cumpliéndose inexorablemente...

Después, se marchó, haciendo chirriar levemente su silla metálica al rodar por las grandes baldosas del castillo.

Derrick, impresionado, la vio partir sin despegar los labios. Se preguntó si todo el mundo estaba loco allí, o se realmente existía la maldición de Hildegard.

Al día siguiente, murió Luther, el chófer, de forma violenta, y la razón de Martin Derrick comenzó a tambalearse.

CAPITULO V

El rojo destacaba sobre el blanco de la nieve. La sangre del infortunado Luther Klaus, chófer de los Wollenstein desde hacía doce años, había corrido en abundancia. No podía ser de otro modo, cuando un bloque de piedra de varios centenares de libras cae sobre la cabeza de un hombre desde respetable altura.

—Formaba parte de las almenas —dijo el jefe de la policía local, Hans Dietmar, que tenía cara de pueblerino y uniforme de mariscal, estudiando críticamente la piedra rectangular, gastada por los siglos, que desprendida de la muralla, fue a caer con rara casualidad y certeza sobre el único ser viviente que deambulaba en esos momentos junto al portón del garaje de la finca, ubicado en una vieja ala posterior del castillo medieval—. Debió desprenderse a causa de la acción del tiempo, no hay duda...

El médico local se limitaba a comprobar que la víctima había sufrido la trituración total del cráneo bajo aquel impacto mortífero, y que sólo se podía certificar su muerte, enviar el cadáver a la Morgue local, y proceder a la autopsia por pura rutina, conforme a la ley.

No hubo interrogatorios ni pesquisas de ningún género, salvo un recorrido del policía por la muralla, hasta hallar la almena de donde faltaba la piedra asesina. Al parecer, la vetusta argamasa se había agrietado, cayendo la piedra por sí sola al vacío, con tan funestos resultados. Esa fue la definitiva versión oficial.

El policía Dietmar abandonó el castillo en compañía del médico local, y una ambulancia se ocupó de llevarse el cadáver al mismo tiempo. Derrick estuvo presente, junto al barón, cuando la piedra fue apartada para trasladar el cuerpo al renqueante vehículo municipal. Sintió un escalofrío al ver lo que quedaba del pobre Luther, el hombre que le condujera desde la estación al castillo.

Bajo los cabellos rubios con mechones blancos, sólo un amasijo informe, de carne aplastada, huesos triturados, sangre y masa encefálica, formando una especie de horrible pasta sobre la nieve. A los de la ambulancia les costó trabajo arrancar de allí esa parte del cuerpo, mezclada con terrones de nieve endurecida.

En la casa, al quedarse solos los Wollenstein y su empleado, el clima no era precisamente de normalidad. Ni parecía aceptar nadie la posibilidad de un accidente o un hecho puramente fortuito.

—Pasado mañana termina el mes —comentó sordamente Derrick, mirando a los cuatro ocupantes del castillo.

El barón asintió. Su esposa estaba lívida, con las manos crispadas sobre sus inertes piernas. Kris no tenía ganas de bromear, y el rostro enfermizo y los grandes ojos de Helmut, parecían haberse pronunciado más con la tragedia.

—Pobre Luther... —gimió Kris—. Era un buen hombre. Servicial, prudente, honrado...

—Pudo ser cualquier otro —señaló con voz ronca su primo Helmut—. El caso es matar, derramar sangre inocente... ¡Maldita, maldita seas, Hildegard Wollenstein!

Su grito exasperado, rabioso, tuvo la virtud de estremecer a su madre y sobresaltar al padre, que le miraron con cierta sorpresa.

—Helmut —le reprendió su padre—. Serénate. Hay que afrontar las cosas con calma. No se gana nada maldiciendo. Después de todo... pudo ser un accidente tan sólo.

—¡Mentira! —protestó su hijo, airado—. Sabes bien que es mentira, papá. No fue un accidente. Murió porque tenía que morir alguien. Y es sólo el primero. ¡El primero de cinco! Quedan sólo cuarenta y ocho horas de este mes maldito. ¡Aún hemos de morir cuatro más, no lo olvides!

—Estás diciendo estupideces —le replicó crudamente el barón—. Vete, Helmut. Ve a tu cuarto y descansa un poco. Lo necesitas. Tus histerismos no me gustan.

—Está bien, papá. Me voy. Pero eso no cambia las cosas. Ha sido un asesinato y lo sabes. Alguien desprendió esa piedra de la almena, arrojándola contra Luther. Y todos sabemos quién fue...

Abandonó el salón. Un pesado silencio reinó en la estancia a su salida. Derrick carraspeó incómodo. Marlene, la doncella, paseó su agresiva figura por la sala, al servir un refrigerio a sus ocupantes. Nadie había pedido almorzar. Derrick se conformó con una copa de oporto y unas pastas secas. De los Wollenstein, sólo Kris tomó algo sólido. Marlene, silenciosa como llegara, se ausentó con la bandeja. El joven inglés la siguió con la mirada, atraído por el contoneo de sus caderas. Al cruzar ella el umbral, se volvió un momento, le miró y le guiñó un ojo.

Derrick procuró dominar su sorpresa. La doncella de los Wollenstein

era más perspicaz de lo que parecía, pensó. No se le había pasado por alto que él la miraba con interés muy propio de un hombre.

—Creo que iré a trabajar —dijo Martin, al apurar su frugal refrigerio—. Será lo mejor para no pensar en todo esto...

—Como quiera, Derrick, pero puede tomarse el día libre, si quiere. Yo no podría hacer nada en este estado.

—Es preferible distraer la mente, barón —dijo con suavidad Martin.

—Quizás tenga razón. Si quiere comer algo más tarde, no tiene más que llamar al servicio. Le llevarán lo que desee.

—Gracias. No creo que tenga apetito, al menos de momento —musitó Derrick, recordando con un escalofrío el amasijo sanguinolento que era la cabeza del chófer en la nieve.

Abandonó a los Wollenstein y se encaminó a las grandes y lúgubres estancias donde se hacinaban libros, legajos y documentos. Una vez allí, encendió la luz eléctrica. Alzó la cabeza, sin poderlo remediar, para contemplar el cuadro al óleo representando a la hermosísima y maligna Hildegard.

Un grito ronco de horror escapó de su garganta.

Las manos de la mujer del cuadro, largas, pálidas y sensitivas, estaban empapadas de rojo.

El rojo oscuro e inconfundible de la sangre, chorreando por sus dedos...

* * *

—No hay duda. No se trata de pintura ni de hemoglobina. Es sangre. Humana o no, lo ignoro. Pero es sangre, barón...

—¿Está totalmente seguro, Derrick? —vaciló el dueño del castillo, mortalmente pálido.

—Sí —afirmó Derrick gravemente—. Antes de estudiar mi actual profesión, me inicié en prácticas de auxilios sanitarios con un amigo de la infancia que es técnico sanitario en un hospital de Londres. No me sedujo esa tarea y la dejé pronto. Pero aprendí a distinguir la sangre verdadera de la que no lo es. Puedo asegurarlo, barón. Es sangre fresca.

—Dios mío... —Wollenstein inclinó la cabeza, demudado,

contemplando con vivo horror aquellas manos enrojecidas en el óleo. No puedo comprenderlo... Será mejor que no diga nada a los demás. Ni a mi esposa ni a los chicos, ¿quiere?

—Por supuesto. No sabrán nada por mí —Derrick se limpió los dedos de los residuos de sangre que dejara en ellos su roce con el cuadro—. Pero eso no arreglará las cosas, ¿no le parece?

—No hay nada que pueda arreglarlas, me temo —suspiró el barón con amargura—. Dios del cielo, parece todo cierto. Terrible y siniestramente cierto...

—¿Qué? ¿Lo de la leyenda de Hildegard?

—¿Qué, si no? Usted mismo lo está viendo con sus propios ojos, amigo mío...

—Lo que yo he visto, hasta el momento, es que hay un cadáver sepultado en una cripta, del que se dice que no existe la cabeza. Un hombre muerto por desprendimiento de un bloque de piedra de las almenas, y un cuadro manchado de sangre. Todo eso puede tener explicación racional. O alguien quiere que creamos la leyenda... o alguien es realmente un asesino, y mató al pobre Luther y manchó de sangre ese retrato.

—¿Es lo que piensa?

—Sí, barón. Mi cerebro británico se niega a admitir otra versión menos natural.

—Creí que ustedes eran un pueblo crédulo en asuntos de ultratumba, Derrick.

—Siempre lo fuimos. Pero creo que en el fondo sabemos que los fantasmas de los castillos de Escocia sólo son producto del buen whisky de la tierra, en una gran parte —sonrió con ironía el joven.

—De modo que eso piensa de los Wollenstein. Que imaginamos cosas.

—No del todo. La muerte de Luther no fue imaginada. Tampoco la de otras personas, en anteriores aniversarios, cada veinticinco años. Pero su hijo tuvo razón. No existe nadie lo bastante viejo, ni aquí ni en ninguna parte, para dedicarse a asesinar gente a lo largo de ciento cincuenta años.

—Entonces, ¿cómo explicarse las muertes ocurridas en ese período?

—Sinceramente, no lo sé. Ni siquiera estoy enterado de cómo murieron las víctimas en cada caso, barón...

—Ya le conté la primera muerte, en 1875 —suspiró el castellano, paseando por la lúgubre estancia con las manos cruzadas a la espalda—. El burgomaestre y juez Morgendach fue decapitado con un hacha en su casa, siendo ya muy anciano.

Fue el primer suceso sangriento, veinticinco años después de ser ejecutada Hildegard. En el primer año de este siglo, murieron dos personas en el castillo: un jardinero y un miembro de nuestra propia familia, nieto de Paul Wollenstein, llamado Fritz, y que había jurado abandonar para siempre estas tierras, pese a tener sólo diecisiete años. Murió estrellado en las piedras del patio, al caer desde el torreón oriental. Nadie supo cómo ocurrió. El jardinero fue hallado muerto entre los setos, con las podadoras clavadas en el corazón, apoyado de bruces en ellas, contra el suelo. ¿Accidente, crimen, fatalidad? No se supo jamás, Derrick.

—Entiendo —afirmó éste lentamente—. Pasamos ya a 1925.

—Sí. Ya sabe un caso: una mujer murió víctima de una enfermedad febril no definida, que los médicos dijeron podía ser una variante de la gripe mortal posterior a la guerra del 14. Pero tampoco quedó claro. Esa mujer era una joven que iba a casarse con un Wollenstein. Faltaban diez días para la boda, estaba de huésped en el castillo, y falleció sin remedio. Su futuro esposo no soportó el golpe, al parecer. Se mató de un disparo en la sien, con una pistola que nadie sabe de dónde surgió. La tercera víctima fue un ladronzuelo que iba a asaltar de noche el castillo, dos días más tarde, para robar. Cayó contra una vidriera emplomada, que arrastró consigo, matándose al caer contra las púas de hierro de la verja del rastrillo. Allí lo hallaron ensartado, horriblemente destrozado y bañado en sangre. Una vez más, se cumplía el ritual sangriento de los Wollenstein.

—¿Y en 1950...?

—Ya sabe cómo murieron dos de las personas de ese año: se marchaban del castillo en coche, volcaron, se incendió el vehículo y se abrasaron vivos. Eran dos amigos llegados de Alemania, una joven pareja que llevaban tres años casados.

—¿Y los otros dos?

—Dos Wollenstein también. Pero cosa curiosa: uno de ellos también tenía su origen en la familia Morgendach, descendientes del

burgomaestre que sentenció a Hildegard. Se trataba de mi tío abuelo Heinrich y de mi tía abuela Use. Aparecieron muertos de forma brutal en las proximidades de la cripta, precisamente. A ambos les habían aplastado la cabeza con un mazo de hierro medieval, que apareció no lejos de sus cuerpos, bañado en sangre. Pero eso no era todo. También les mutilaron ambas manos a los cadáveres. Manos que jamás aparecieron...

Siguió una pausa. Derrick acabó de anotar en un bloc cuanto le informaba el barón. Luego alzó la cabeza. Clavó sus ojos en los del aristócrata.

—Usted cree en la leyenda, no lo niegue —murmuró.

—Sí —afirmó Karlheinz Wollenstein—. Creo en ella. Pero no quiero ni debo admitirlo.

—De modo que es cierto lo que me dijo su esposa.

—¿Qué le dijo? —se alteró él.

—Quiere la cabeza de Hildegard Wollenstein. Con ello espera vencer la maldición familiar y terminar con el ritual de sangre de cada generación.

Dudó. Luego terminó asintiendo con la cabeza. Su voz sonó apagada:

—Sí. Creo que sí. Lamento no haber sido del todo sincero con usted, Derrick. Eso es lo que me obsesiona: la cabeza de Hildegard...

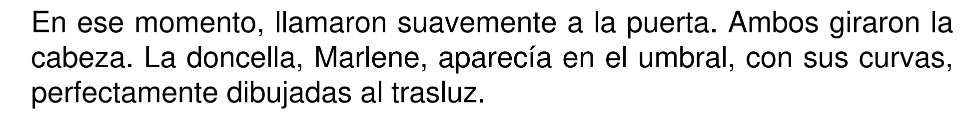
—¿Ha pensado que podría hacer años, generaciones enteras que no existe, salvo como una simple calavera perdida en alguna parte?

—Sí, lo he pensado. Pero creo que no es así. Existe. Y tiene vida propia. Algo maldito y siniestro la anima. Su poder maléfico planea sobre este castillo y sus ocupantes. Es ridículo hablar así, pero no encuentro otra explicación a lo que ocurre.

—Quizás yo en su lugar pensaría lo mismo —suspiró Derrick, mirando de nuevo el rostro hermoso de la dama del retrato—. Pero sigo sin poder creer que todo esto suceda por causa de una remota maldición...

—¿Tiene otra explicación plausible que pueda resolver el misterio?

—La verdad, no —confesó Derrick, pensativo—. Me siento tan confuso como usted...



En ese momento, llamaron suavemente a la puerta. Ambos giraron la cabeza. La doncella, Marlene, aparecía en el umbral, con sus curvas, perfectamente dibujadas al trasluz.

—Señor, tiene una visita —informó, respetuosa.

—¿Una visita? —dudó él—. ¿Quién es?

—La señorita Herta Krugg y su abogado, el señor Kauffman...

Derrick arrugó el ceño. Recordó el nombre de Kauffman, el abogado. Su compañero de viaje desde Berna. El hombre de la pipa bávara. Y el de Herta: la muchacha que visitaba al barón cuando él arribó al castillo aquella tormentosa noche. Observó la reacción de su anfitrión. No le gustaba evidentemente, el anuncio. Torció el gesto y se limitó a replicar con acritud:

—Oh, entiendo... Está bien, Marlene. Hágales pasar a mi despacho. Iré en seguida.

La doncella asintió, iniciando la retirada. De nuevo notó Derrick sus ojos fijos en él, por un instante, con aire frívolo y burlón. Luego, las curvas de la doncella oscilaron al alejarse su dueña con un paso breve e insinuante. Su patrón no pareció fijarse en ella lo más mínimo.

—Esa mujer ahora... —le oyó rezongar entre dientes Martin Derrick, mientras se frotaba el mentón el castellano—. Lo que me faltaba en este día. Y con su abogado...

—Disculpe que me mezcle en lo que no me afecta, barón. Yo conozco a ese abogado —dijo Martin con suavidad.

—¿Usted? —se extrañó Wollenstein—. ¿De qué puede conocerle, Derrick?

—Viajamos juntos hasta el pueblo aquella noche, en el tren de Berna —explicó el inglés—. Parece un hombre amable y correcto.

—Pero ella no lo es. Herta Krugg es la más obstinada, irritante y terca mujer que he conocido... —se dominó dificultosamente, encajando las mandíbulas—. Pero usted dijo bien. No le afectan mis problemas. Iré a vérmelas con esa dama y su representante legal. Pero sé que esto acabará por estropearme el día, si no hubiera ya suficientes motivos para ello.

—¿Tan serio es el conflicto con esa dama? —se extrañó Martin Derrick.

—Mucho —convino el barón, iniciando el mutis en la lóbrega sala de legajos y documentos históricos y familiares donde su empleado trabajaba—. Imagínese, Derrick. Esa jovencita cabezota pretende, ni más ni menos, que probar ante los jueces que una tercera parte de las tierras de los Wollenstein pertenecían, en realidad, a sus antepasados, los Von Brandt, cuyo apellido lleva ella en segundo término, por ser el materno.

—¿Von Brandt? ¿Los descendientes de Ludwig Von Brandt, la víctima de Hildegard, y padre de sus hijos?

—Eso es. La señorita Herta Krugg von Brandt no aceptó un arreglo amistoso, y está dispuesta a enfrentarse conmigo legalmente, para oponerse a mi orden de desahucio, dada contra ella y sus bienes, aposentados en esas tierras que son legítimamente mías desde mediados del siglo pasado.

—No sabía que existieran descendientes directos de Von Brandt, una vez asesinados los tres hijos que tuvo con Hildegard Wollenstein —confesó Derrick, removiendo los documentos familiares que hablaban del asunto.

—Yo tampoco, hasta que ella se presentó aquí hace un año e hizo la reclamación legal, una vez obtuvo en arrendamiento esas tierras mías bajo su nombre de Krugg simplemente. ¿Quiere que le diga una cosa? Personalmente, creo que nunca hubo una Von Brandt y que esa chica miente y es una farsante tan astuta como bella.

—¿No ha tratado de averiguar algo de ella, de dónde vino, cuál es su origen y su historial y todo eso?

—Claro —rió entre dientes el barón, ya desde la puerta—. ¿Le digo el resultado? Nulo. Ella dijo que venía de Alemania y que había nacido en Bélgica. Pero en ninguno de los dos países supieron darme informes de ella. Oficialmente, amigo Derrick, esa jovencita no existe. Extraño, ¿no? Y ahora viene con su abogado a reclamarme algo que es mío. Ya le dije que acabarán estropeándome totalmente el día...

Se marchó airadamente Derrick se quedó solo, muy pensativo. Abrió un legajo que él mismo había titulado como «rama Von Brandt». Hurgó sus documentos. Según ellos, la familia Von Brandt, emparentada con los Wollenstein al casarse el infortunado Ludwig con Hildegard, terminaba prácticamente en ese instante, con la muerte de los tres niños del matrimonio, a manos de la despiadada madre.

—Sí, es muy extraño... —murmuró Derrick para sí, antes de darse

cuenta de que no estaba realmente solo.

Marlene, la curvilínea doncella, acababa de entrar en la cámara, acercándose a él. Observó que venía desabrochando su uniforme por el camino, y emergían unos espléndidos senos bajo el raso negro y brillante.

—Hola —le saludó ella, con frivolidad—. ¿Qué tal si nos ponemos cómodos tú y yo, querido?

Cerró la puerta tras de ella y siguió soltando botones de su ropa. Derrick no supo qué decir. Tal vez tampoco quiso. Sobraban las palabras.

CAPITULO VI

—¿Te gusto querido?

—Eres muy atractiva, Marlene. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Y lo preguntas? —rió ella suavemente, irguiéndose en el sofá tapizado de color grana, abotonándose pausadamente los botones de su uniforme—. Oh, cariño, no seas tonto... Me gustas mucho. Desde que te vi llegar me gustaste. Eres un tipo magnífico, ¿no te lo ha dicho nadie?

—No, que yo sepa —resopló Derrick, abotonando también su camisa, mientras los generosos pechos desnudos de la doncella desaparecían bajo el raso negro—. Me has sorprendido, muchacha. ¿Sois siempre tan rápidas en ir al grano las chicas de Lintzenburg?

—Como las de todo el mundo, supongo —sonrió la joven—. Hasta en los pequeños principados se evoluciona con el tiempo, Martin. ¿Nos veremos otras veces?

—Espero que sí, mientras esto no haga peligrar tu empleo...

—¿Mi empleo? —ella se encogió de hombros—. Bah, eso no me preocupa demasiado. Estoy harta de este castillo, de su gente... Aquí huele a viejo, a muerto. Y por si fuera poco, esa historia de fantasmas y de sangre... Es un lugar horrible, querido. Ni sé por qué viniste tú aquí desde tu lejano país.

—Necesitaba trabajo, eso es todo. ¿Qué opinas de lo ocurrido a Luther?

—¿El chófer? Oh, no creo una palabra de esa patraña fantástica. —Mostró la lengua, en un mohín burlón—. Son tonterías de viejos chiflados. Los fantasmas no existen. Se cayó esa piedra y mató al bueno de Luther, eso es todo. Era un poco sordo. Ni debió enterarse de que se le venía encima. Lo demás son estupideces, estoy segura. ¿Crees que esa pobre mujer, muerta hace tantos años, puede...?

Había alzado la cabeza, señalando irónicamente el gran retrato de manos sangrantes que colgaba del muro. Y sus palabras burlonas, despectivas incluso, se interrumpieron, de modo brusco, para desembocar en un terrible, largo alarido de horror y de sorpresa.

Martin Derrick, sintiendo que los cabellos se erizaban de pronto en su

nuca, giró la cabeza, demudado, en busca de la explicación de aquella insólita reacción de pánico en la muchacha que poco antes había gozado con él, revolcándose en el sofá, en el oscuro cuarto de legajos familiares.

También él se sintió súbitamente sobrecogido por el más vivo horror al contemplar lo que provocaba el miedo delirante de la doncella de los Wollenstein.

¡En el retrato, la hermosísima Hildegard aparecía ahora sin cabeza, con una enorme mancha roja, goteante y oscura, en lugar del rostro bellísimo que antes era allí visible.

* * *

Herta Krugg von Brandt y su abogado, Oskar Kauffman, salieron del despacho del barón Wollenstein dando un breve y seco portazo. Los ojos del abogado se encontraron entonces con el hombre que aguardaba fuera, nervioso, algo pálido e impaciente. Mostró su agrado por el encuentro y fue a él tendiéndole la mano.

—Mi querido compañero de viaje... —murmuró, sonriendo con amplitud—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—No bien del todo —manifestó llanamente Derrick—

Ya sabrá lo sucedido hoy...

—En efecto —sonrió algo más gravemente el hombre de leyes—. No quise decirle nada sobre la leyenda de los Wollenstein en el tren, porque pensé que no era adecuado para un extranjero que llegaba aquí por vez primera...

—¿Quién es este caballero, señor Kauffman? —se interesó la joven de cabellos rubios y ondulados, ojos azules y esbelta figura, vestida con sobria elegancia, algo deportiva, a base de un conjunto tweed en tonos beige. Un gorrito marrón en forma de casquete, completaba su indumentaria.

—Oh, perdone señorita Krugg... Este joven es inglés, el señor Martin Derrick, bibliotecario e investigador genealógico entre otras cosas. Vino de Londres, contratado por el barón para investigar y ordenar la historia de la familia a base de sus documentos... Señor Derrick, mi cliente, la señorita Herta Krugg von Brandt, que visita este castillo por motivos legales. Confidencialmente, le diré que nuestras relaciones con su jefe no son demasiado cordiales —completó, con un guiño significativo.

—Lo sé, lo sé —asintió Martin, mirando a la joven con interés—. Señorita Krugg, ¿es usted realmente una descendiente de Ludwig von Brandt?

—Su jefe dice rotundamente que no —suspiró ella, con un centelleo amenazador en sus azules pupilas, mientras estrechaba distraídamente la mano de Martin—. Pero le juro que es la pura verdad. Soy una Von Brandt. Y obtendré lo que es mío por vía de sangre.

—Sangre... —musitó Derrick, estremeciéndose—. Oigo demasiado a menudo esa palabra últimamente, y no sólo relacionada con orígenes o derechos familiares, señorita. Empiezo a sentirme un poco confuso, no sé si mis convicciones más íntimas son ciertas o no... ¿Usted cree en esa leyenda de Hildegard Wollenstein?

—Rotundamente, no —rechazó ella—. ¿Usted sí lo cree? Parece un joven moderno, inteligente, razonable...

—Lo era al llegar aquí. Ya no sé lo que soy... Acabo de ver sangrar un cuadro que ha perdido su cabeza. Y ese retrato es el de Hildegard Wollenstein... ¿Usted comprende bien que ocurra algo así, señorita Krugg? Y no sólo es eso...

—¿Qué ha dicho? —tronó la voz del barón Wollenstein desde la puerta del despacho—. ¿Qué ocurre con el retrato de Hildegard ahora?

—Que sangra de nuevo..., pero por su rostro y cuello. Donde ya no hay rostro, ni siquiera cabeza —dijo roncamente Derrick—. ¿Quiere verlo por sí mismo?

—Dios mío, sí. Veamos eso, Derrick, por todos los diablos. —Echó a andar con rápida zancada hacia el archivo, diciendo sobre su hombro —: Si quieren venir ustedes, señor Kauffman, pueden hacerlo. Tal vez sea necesario dar fe de esto alguna vez...

Todos se encaminaron al archivo para comprobar lo que sucediera allí. Las miradas que se fijaron en el ensangrentado retrato descabezado, fueron lo bastante elocuentes respecto a la situación.

Un ramalazo de helado horror agitó a todos los presentes.

Y, de repente, en alguna parte del castillo, una voz clamó, estentórea, aterre rizada hasta el paroxismo:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Está muerta, está muerta...!

De nuevo los testigos de la aparición de la sangre en el cuadro sin cabeza corrieron hacia el lugar de donde llegaba aquel grito, precursor de un nuevo espanto.

CAPITULO VII

Nuevamente la nieve aparecía ensangrentada.

Esta vez en la entrada principal del castillo, justamente junto al puente levadizo, frente al torreón occidental, donde Derrick viera aquella primera noche de su llegada la luz y la silueta femenina en ella.

Por el camino, el joven inglés, el abogado, su bella cliente y el propio barón Wollenstein se reunieron con otras personas que también corrían en dirección al lugar donde sonara el grito de terror.

Así. el mayordomo Lukas y Helmut, surgiendo por un lado, y Kristina por otro, formaron con ellos un grupo medroso, pero dispuesto a enfrentarse con lo que fuese, y que se detuvo en seco, al llegar al rastrillo del puente, ante la nueva presencia de la violencia y de la sangre en tierras de los Wollenstein.

La persona autora del grito permanecía inmóvil, ante el cuerpo abatido y el charco de sangre, con el rostro mortal-mente lívido, los ojos dilatados y las manos temblorosas. Permanecía aferrada a su silla de ruedas, la mirada fija, como hipnotizada, en la trágica escena.

—¡Lilly! —gritó e! barón con voz angustiada—, ¡Lilly, por el amor de Dios! 0Qué sucede? ¿Qué haces tú aquí?

Su mujer ni siquiera pudo responderle. Era evidente que permanecía como en tránsito, petrificada en su asiento, cuyas ruedas se hundían ligeramente en la nieve.

Derrick lanzó una sorda imprecación al identificar el cuerpo de la víctima, ceñido por el uniforme negro, de raso brillante. Unas piernas bien formadas destacaban sobre el blanco manto nevado, al haberse subido la falda en la caída.

—¡Marlene! —jadeó—. ¡Es ella!

Se precipitó el primero hacia la muchacha que servía de doncella en el castillo, y que no muchos minutos antes había sido su apasionada compañera en la oscura estancia donde trabajaba.

Arrodillóse ante ella, comprobando que la sangre fluía aún de una herida profunda, en el lado izquierdo de su cuerpo, no lejos de su hombro. De esa herida emergía un arma temible y poderosa, propia de otros tiempos.

Una ballesta.

—Por favor, ayúdeme —jadeó con voz quebrada—. Creo que aún vive..., pero ignoro si por mucho tiempo.

El barón y Helmut fueron a reunirse con él, así como el vigoroso abogado Kauffman. Las mujeres permanecieron unidas en otro grupo. Con la mayor suavidad posible, Derrick giró el cuerpo de la muchacha, observando la lividez de su rostro y lo exangüe de sus labios. Pulsó sus muñecas, su cuello, y auscultó el seno de Marlene.

—Sí, vive —confirmó, mientras Kauffman asentía, corroborando su tesis—. Hay que llevarla dentro, pero con muchas precauciones. Esa ballesta clavada en su pecho podría causarle más desgarros de modo irreparable.

Con el auxilio del barón, alzó en vilo a la muchacha, muy lentamente, y la condujeron al interior del castillo. Helmut corrió al teléfono, marcando la centralita del pueblo, para solicitar con la máxima urgencia a un médico y a la policía.

La señora Wollenstein lloraba ahogadamente, consolada por su sobrina Kristina y la propia Herta Krugg.

—Un poco más abajo, y no lo cuenta —señaló Kauffman, pensativo, mientras conducían a la joven al salón, y la acomodaban cerca del hogar encendido y de los radiadores de la calefacción, sobre un amplio sofá, procurando no moverla en exceso ni tocar la parte de la ballesta que emergía de su cuerpo. La sangre empapaba todo el uniforme de raso negro. —Es la maldición... —dijo roncamente Helmut, que regresaba ya del teléfono, mortalmente pálido—. La maldición de Hildegard... Esta vez, la servidumbre es la víctima elegida, papá...

El barón no respondió, pero su rostro estaba tan demudado como el de su hijo. Tenía la mirada vidriosa y distante, mientras se mordía el labio inferior.

La señora Wollenstein era introducida ya en la mansión, empujada su silla de ruedas por Kris, ya que la mujer parecía incapaz de hacerlo por sí misma, como era su costumbre. Las miradas de Herta y de Derrick se cruzaron un momento. El joven inglés leyó en aquellos ojos azules muchas mudas preguntas a las que él, por desgracia, tampoco podía responder.

—¿No sería mejor trasladarla al pueblo rápidamente para que la

hospitalizasen? —señaló Kauffman, preocupado.

—No creo que sea prudente —negó el barón, ceñudo—. Moverla sin tener toda clase de precauciones podría resultar fatal para ella.

Por otro lado, si precisa asistencia clínica especial, podemos hacer traer una enfermera aquí, hasta que se la pueda trasladar sin peligro. Lo importante es que sobreviva a ese maldito ataque. Ese dardo pudo haberle partido el corazón o atravesarle el cuello, de cambiar la trayectoria sólo unas pulgadas...

—Ese dardo, barón, se tuvo que disparar con una ballesta —dijo Derrick, erguido junto a la muchacha, con la fría mano de ésta entre las suyas, tras aplicar un tapón con su pañuelo en la herida abierta por el dardo mortífero, sin mover éste apenas—. Y una ballesta no es un arma demasiado corriente hoy en día. ¿Hay alguna en este castillo?

—Varias —suspiró el barón, asintiendo—. Existen panoplias con armas, Derrick. Tiene que haber visto alguna. Pues bien, en dos o tres de ellas, hay ballestas colgadas.

—Lo importante sería saber quién la disparó y desde dónde —apuntó Kauffman, con gran sentido práctico.

—Yo creo saberlo —dijo gravemente Derrick.

Todos se volvieron hacia él, pegando un respingo el barón y su hijo Helmut. Derrick se apresuró a manifestar con voz seca:

—Bueno, me refiero al lugar de origen del disparo, no a su autor... a menos que todo esto siga siendo obra de un ser que vivió hace ciento cincuenta años.

—¿Hildegard Wollenstein? —dijo Herta, encogiéndose de hombros con escepticismo—. No creo en aparecidos, señor Derrick.

—Yo tampoco —suspiró el joven inglés—. Pero empiezo a tener mis dudas, señorita Krugg...

—Siga con lo que estaba diciendo —rogó Karlheinz Wollenstein—. ¿Desde dónde supone que fue disparada esta ballesta?

—Desde el torreón —dijo Derrick con lentitud.

—¿El torreón occidental? —dudó el dueño del castillo, con una sombra de congoja en su pálido rostro.

—Así es, barón. El lugar donde, según parece, tenía su alcoba

Hildegard Wollenstein hace más de un siglo...

—Cielos... —gimió Kris junto a su madre—. Cielos... Es horrible.

Nadie hizo gran caso de su quejido. En el sofá, la figura de Marlene se movió ligeramente, y un gemido escapó de sus labios descoloridos. Rápido, Derrick se inclinó sobre ella, apaciguándola con voz suave, pegada su boca al oído de la doncella:

—Calma, Marlene —musitó—. Calma. No te muevas, no hagas nada. Es importante, ¿entiendes? No hagas movimiento alguno, no te esfuerces. Tienes un arma clavada que podría ser mortal si la desplazas de la herida, ¿está claro? ¿Me has comprendido?

La muchacha asintió muy levemente con la cabeza, lanzando un suspiro. En ningún momento alzó sus párpados. Luego, su respiración se fue haciendo más pausada y profunda, pareciendo entregarse al sopor.

—Confiemos en que recuerde lo que le he dicho hasta que llegue el médico —musitó Martin—. Yo podría intentar quitarle el dardo, pero prefiero que sea un doctor quien lo haga, por si acaso.

—Opino como usted —admitió Kauffman, pensativo.

—Usted nunca pierde la serenidad, a lo que veo —ponderó Herta, dirigiéndose a Derrick con suave ironía—. Y además, parece tener mucha confianza y autoridad en su trato con el servicio, para ser un forastero en este castillo, señor Derrick...

Las palabras cáusticas de la joven no provocaron ninguna reacción en Martin, que se limitó a encogerse de hombros e ir hacia la salida principal del castillo, mientras Kris le dirigía una mirada entre sorprendida y pensativa. Desde aquel punto, el inglés escudriñó el torreón, único punto desde el que, en buena lógica, consideraba que pudo dispararse sobre la silueta de la doncella aquel dardo asesino.

La ventana que viera aquella noche iluminada permanecía ahora oscura, como siempre, con su vidriera color caramelo cerrada, como si nunca hubiera sido movida. Sin embargo, aquel punto era el idóneo para un disparo semejante.

Derrick llegó hasta el charco de sangre de Marlene. Volvió a mirar al torreón, haciendo un cálculo mental. Cada vez estaba más seguro de que el disparo procedió de allí. La distancia no era muy grande, y para un experto en el uso de aquel arma antigua era posible un buen blanco, en especial con un vestido negro, sobre la blanca nieve,

formando una silueta perfectamente visible a aquella distancia.

Se inclinó a recoger uno de los zapatos de la muchacha, que había quedado caído en la nieve, junto al charco de sangre. La blanca capa no era muy intensa, y debajo de ella era visible a medias, ahora enrojecida por la hemorragia de la víctima, una argolla de hierro oxidado, emergiendo de las grandes losas de piedra que formaban el sendero circular en torno al castillo, una vez salvado el puente. Probó a tirar de ella, por simple curiosidad, pero comprobó que era fija, posiblemente sólo un lejano recuerdo de algún antiguo conducto tapado con una pesada piedra.

Regresó al castillo lentamente. El barón estaba en pie junto a las vidrieras, contemplando el nevado paisaje exterior. Marlene continuaba inmóvil en el sofá, sumida en un sopor, y los demás deambulaban por el salón como sonámbulos, a la espera de la policía y el médico.

—Me gustaría visitar ese torreón —dijo bruscamente Derrick, mientras el fiel Lukas entraba en la estancia portando café y té en una bandeja.

El barón pareció emerger de un sueño. Le miró, indeciso.

—Está bien —aceptó—. Venga conmigo, Derrick. Tal vez sea lo mejor.

Fue a un mueble pesado, de vieja madera, y buscó en él, hasta hallar un manojo de viejas, grandes y oxidadas llaves. Le señaló el camino que se alejaba de la escalera, un largo pasillo hacia el ala de servicio.

—Ustedes esperen, por favor —rogó el barón—. Estamos en seguida de vuelta. Lukas, si entretanto llegan el doctor y el señor Dietmar, avíseme en seguida.

—Bien, señor, —asintió el sirviente con gravedad, empezando a servir infusiones a los presentes.

Derrick observó que Herta les seguía con mirada ligeramente curiosa al dirigirse ellos hacia el torreón. Inesperadamente, la interpeló:

—Si es usted realmente una Von Brandt, podría venir con nosotros. No deja de resultar sugestivo para una descendiente ver el lugar donde su antepasado fue muerto con su amante, por una esposa dominada por los celos.

—Si el barón no tiene inconveniente... —murmuró ella, tras dominar su sorpresa.

También Wollenstein estaba sorprendido por el ofrecimiento de Derrick a su principal antagonista en aquel pleito, pero reaccionó cortés y fríamente.

—Está bien. Si así lo desea, Herta... —se limitó a decir, encogiéndose de hombros y reanudando la marcha.

La joven se unió a Derrick, dirigiéndole una cierta sonrisa de gratitud por su sugerencia, pero el joven inglés no acusó nada ante este gesto, limitándose a caminar en silencio, en pos de su anfitrión.

Abandonaron el corredor de servicio en un punto, desviándose por una bifurcación que estrechaba el pasillo en dirección a una vieja escalera de piedra, medio oculta por un cortinaje rojo. Subieron cosa de dos rellanos de gastados escalones de piedra viva, hasta encontrar una puerta oval, de recia madera claveteada y tirador de hierro forjado, lleno de herrumbre. El barón señaló ese acceso con gesto serio, algo adusto.

—La entrada del torreón —dijo—. No se utiliza desde hace años.

Introdujo una de las viejas llaves en la cerradura. Chirrió desagradablemente al girar en ella.

Luego, cuando empujó el portón, el chirrido se hizo mucho más intenso, sobre las bisagras totalmente oxidadas.

La oscura entrada al misterio estaba abierta ante los ojos fascinados de los dos jóvenes. Derrick notó que su pareja temblaba ligeramente, como impresionada.

—¿No hay luz eléctrica en esta zona del castillo? —preguntó, curioso, al ver que el barón tomaba de una mesa situada junto al portón una lámpara de petróleo.

—No —negó éste—. Todo se dejó aquí tal como era entonces. Un ritual familiar, supongo. Yo no he querido alterar las normas de los Wollenstein.

Derrick asintió, ceñudo. Hubiera jurado que aquella noche la luz que viera en la ventana no era de gas ni de petróleo, sino eléctrica. Posiblemente una impresión personal suya. El avance desde ese punto fue mucho más tétrico e inquietante. Como haberse introducido bruscamente en el pasado, en otra época más siniestra y sombría. Una nueva escalera, esta vez angosta, pegada al muro, reptaba en espiral hacia la altura. Por los muros fue visible vagamente en dos ocasiones el albo resplandor de la nieve en el exterior, a través de

unas angostas troneras abiertas en la piedra. Derrick no captó limpiamente la puerta del castillo ni el punto donde cayera herida Marlene desde ninguna de ellas.

Llegaron por fin a un rellano superior, de forma semicircular, terminado en otra puerta herméticamente cerrada. Herta estaba tan cerca de él, que pegaba su pecho al brazo del inglés, seguramente sin darse cuenta siquiera de ello. La lámpara de petróleo, en la firme mano del aristócrata, proyectaba sombras bailoteantes en los muros húmedos de piedra gastada.

—Ahí es —dijo roncamente Wollenstein—. Ahí ocurrió en 1850...

Herta tragó saliva. Derrick esperó, mientras el barón hacía girar otra llave en la nueva cerradura. En aquel lugar casi se sentía la presencia física de algo. Algo que, en todo caso, pensó Martin, no era de este mundo.

En el profundo silencio del lugar, el chirrido del metal oxidado resultaba casi estridente, rompiendo una quietud pesada y dulzona, un mutismo de años, acaso de siglos.

—¿Se da cuenta, Derrick? —musitó el barón—. Nadie ha hurgado en esta cerradura desde hace años. Su estado es evidente. ¿Cómo pudo nadie entrar aquí aquella noche que usted llegó a la casa, y cómo pudo hoy dispararle una ballesta desde aquí?

—No lo sé —confesó el joven bibliotecario—. Sólo sé que ha tenido que ser así, barón, por ilógico que resulte. Usted y yo sabemos que puede ser algo inmaterial, que no necesita abrir cerraduras ni puertas...

Herta se estremeció a su lado. La miró de soslayo. Ya no parecía tan escéptica al respecto como en el salón de la planta baja, pensó.

La puerta de la alcoba de los Wollenstein estaba abierta. Sólo había que empujarla y cruzar el umbral para hallarse en el interior mismo de otro tiempo, de otro mundo, acaso en el corazón de un misterio de ultratumba jamás resuelto...

No fue el barón, sino el propio Derrick quien, resueltamente, empujó la puerta, adelantándose a todos. La pesada madera rechinó, chirriando lastimosamente. Recordaba el sonido de la tapa de un ataúd al abrirse... .

El barón adelantó su brazo con la lámpara, alumbrando el interior. Desde el ventanal, la claridad del día se recortaba en tonos color

amarillo oscuro a causa de los vidrios translúcidos montados sobre plomo. Esa difusa luz daba un aire irreal y fantástico al lugar.

—És increíble —susurró Herta, más pegada que nunca a Derrick—. Como estar en otros tiempos, lejos del presente...

Derrick observó lentamente la cama con dosel, grande, pesada, majestuosa. El mobiliario señorial, los espesos cortinajes, ya con huellas de la polilla, como la madera de los muebles mostraba orificios de carcoma. El polvo formaba una espesa capa sobre todo. En algunos rincones, las telarañas formaban festones grisáceos. De una panoplia faltaba un hacha, que se veía siniestramente depositada encima de un escabel tapizado, no lejos del lecho. Su hoja aparecía oscurecida por el óxido... o por vieja sangre humana.

Derrick se acercó al lecho. Alzó una de sus cortinas, contemplando las sábanas de lino, estiradas e intactas. Un cobertor rojo cubría el lecho.

—Si abre la cama, Derrick, verá aún las huellas de sangre en el lino —señaló roncamente Wollenstein—. Paul, mi antepasado, no quiso tocarlo. Los demás tampoco...

Había algo enfermizo y tétrico en todo aquello. Demasiado recuerdo, demasiada fidelidad al pasado, a un suceso macabro y sangriento que había marcado a una familia. Pero él no había venido a recrearse en el pasado, aunque pudiera fascinarle.

Se encaminó a la ventana encristalada. Señaló algo, depositado sobre otro escabel, junto a ella. Hasta entonces, lo había cubierto un cortinaje de la cama a sus ojos.

—Vea eso, barón. ¿Estuvo siempre ahí? —preguntó, tenso.

Wollenstein se aproximó a él. Lanzó una imprecación al ver el escabel y lo que sostenía.

—¡La ballesta! —exclamó—. Dios mío...

Iba a tomarla. Derrick le frenó con viveza alargando su brazo.

—No la toque —pidió—. Puede tener huellas. Aunque si la manejó un fantasma, no es probable. Y si fue un asesino-usaría guantes, sin duda alguna.

—Pero..., pero no hay nadie aquí, Derrick —protestó el barón—. ¿Por dónde habría salido el tirador, tras herir a la muchacha? ¿Cómo abrir esa ventana, que lleva décadas sin ser accionada?

Derrick no dijo nada. Probó a abrirla. El cierre estaba, -tan oxidado que le dejó las manos cubiertas de fragmentos cobrizos de metal cubierto de orín. Forcejeó con la falleba sin el menor resultado práctico. Era inamovible. La ventana resistía sin ceder un ápice.

—Parece que el barón está en lo cierto, señor Derrick —murmuró Herta Krugg—. No se ha abierto en mucho tiempo. No pudieron disparar la ballesta desde aquí.

—No lo entiendo —susurró Derrick, irritado—. No pudo ser de otra forma....

Miró la ballesta en el escabel. Por el suelo se extendía el polvo formando una película que nadie había pisado en absoluto. Si alguien manejó aquel arma desde el torreón, tuvo que ser necesariamente un fantasma, pensó con disgusto.

—Vámonos, Derrick —invitó el barón, que no parecía demasiado cómodo allí dentro—. Se oye el motor de un coche. Debe ser el médico con la policía... ¿Cree que lo ha visto ya todo?

—Me temo que sí —murmuró Derrick, pensativo—. Lo raro es que usted tiene razón. Y la leyenda también, por lo que parece. Sólo el espíritu de esa mujer, Hildegard Wollenstein, parece haber sido capaz de disparar esa ballesta sin dejar rastro de su presencia en la alcoba... Vamos, sí. Y gracias por la molestia, barón.

—No tiene importancia. Creí que tenía alguna idea que quería comprobar.

—Creí tenerla. Pero se evaporó. Esto no tiene sentido,, a menos que sea, realmente, obra de una maldición.

Salieron de la estancia y del torreón, regresando a la sala del castillo. En ese momento, el médico de Wollenstein y el jefe de policía Dietmar entraban en el recinto acompañados de una mujer hosca y madura, con uniforme de enfermera, y un policía subordinado del nada brillante Dietmar.

Rápidamente se hicieron cargo de todo. A Marlene le fue arrancada la ballesta de su herida con sumo cuidado, y se le practicó allí mismo una minuciosa cura tras el lavado del boquete producido por el dardo. Se le vendó cuidadosamente el lado izquierdo de su hombro, brazo y pecho, y fue enviada a una habitación del piso superior, especialmente acondicionada para ella, con la compañía de la enfermera, que dijo llamarse «señorita Hostmayer», con aire petulante

y altivo. Pero Derrick observó que parecía ser una eficiente profesional.

Poco después, fue el reverendo Bormann quien apareció en el castillo, conduciendo su propio coche, un pequeño Fiat italiano de varios años de antigüedad. Expresó su pesar al barón por lo ocurrido a Luther y por lo de Marlene, y aceptó con sorprendente rapidez la invitación a cenar con ellos.

El policía local, Hans Dietmar, hizo un montón de estúpidas preguntas que no conducían a ninguna parte, demostrando hallarse totalmente desorientado en el asunto, para terminar aceptando la posibilidad de que fuese todo obra de un espíritu maligno que-deambulaba por el castillo. Derrick se dijo que cualquier policía de Scotland Yard se hubiera partido de risa al oír a un colega formular tal conclusión.

—Al menos esta vez, barón, no hubo víctima mortal —sentenció el reverendo Bormann mientras apuraba su tercera copa de oporto y su gruesa nariz enrojecía, más por efecto del alcohol que del frío reinante en el exterior.— ¿No cree que sería conveniente exorcizar esta vivienda? Yo creo que es el mismo Satanás quien se encuentra en ella en estos momentos...

Wollenstein eludió ambiguamente tan brillante sugerencia, pasando a hablar de otro asunto. El doctor administró un sedante a la señora Wollenstein, y se retiró con el policía Dietmar y su subordinado, prometiendo volver al otro día para seguir las investigaciones.

—Ese tipo no descubriría a un criminal ni presenciando el crimen a dos pasos de donde él estuviera —comentó sarcásticamente Kauffman.

—Estoy de acuerdo con usted —suspiró Wollenstein sacudiendo la cabeza—. Pero es lo único que tenemos aquí...

Herta y su abogado rechazaron la invitación a cenar en el castillo, regresando igualmente a la población sin pérdida de tiempo. La despedida fue menos acre de lo que hubiera sido de esperar, aunque Kauffman dejó bien sentado que su cliente iba a presentar su demanda de forma legal ante los tribunales locales. En esta ocasión, Karlheinz Wollenstein ni siquiera se irritó por ello.

Derrick les acompañó hasta la puerta. Herta le miró con cierta curiosidad, al detenerse junto al coche que les había conducido allí.

—¿Cree que es prudente permanecer en este castillo, señor Derrick?

—indagó.

—Es mi trabajo, señorita Krugg. He cobrado por ello y me debo a mis obligaciones.

—Recuerde que, según la leyenda, tienen que morir cinco personas este año. Sólo una ha muerto y otra resultó herida seriamente. Puede haber más muertes aún... y nunca se sabe quiénes son las víctimas de ese fantasma.

—Lo sé. Correremos el riesgo.

—¿De veras cree en la posibilidad de que una mujer muerta hace ciento cincuenta años pueda...? Herta dejó la pregunta en el aire, mientras Kauffman ponía en marcha el motor del coche. El frío dificultaba la operación.

—Al principio me resistía a aceptar tal cosa, la verdad —susurró Derrick, moviendo la cabeza—. Como ha visto, ¿qué otra cosa se puede pensar ahora?

Siguió un breve silencio. La joven pareció meditar una respuesta, con la mirada fija en el siniestro torreón, en el castillo todo, con su tenebroso secreto, en la blanca nieve circundante, que tanto contrastaba con la oscuridad de aquel enigma demoníaco...

—Tiene usted razón —convino la joven—. Todas las razones lógicas, todas las convicciones de cualquier persona civilizada, se estrellan ante lo imposible. Esa ballesta, esa habitación herméticamente cerrada, con olor a vacío, con polvo inmóvil que nadie ha hollado... Y sin embargo, usted tiene razón. Ese dardo sólo pudo ser disparado desde la ventana del torreón, no hay la menor duda de ello. Por lo que volvemos a encontrarnos con lo inexplicable... Yo vine hoy a este castillo con el escepticismo de siempre. Sin embargo... me voy llena de dudas, sumida en un mar de miedos y sospechas... Por vez primera en mi vida, empiezo a creer en las cosas del más allá... Bien, señor Derrick, hasta otra vez, si nos vemos más adelante.

—Hasta siempre, señorita Krugg. Me encantará verla de nuevo, esté segura.

—Gracias. Creí que ya tenía usted fijos sus ojos en alguien, y que ninguna otra chica iba a atraer su atención... —dijo ella, algo burlona.

—Temo no entender a qué se refiere...

—A esa muchacha, Marlene, la doncella... Me fijé en cómo la atendía.

Para ser ella una chica de servicio, parecía usted muy solícito y familiar con ella... y muy afectado. Después de todo, es una muchacha con muy buen aspecto para ser una simple criada, de modo que pensé que usted y ella...

—Pensó mal —sonrió Derrick irónicamente—. No hay nada entre ambos. Sólo cierta posible atracción mutua entre hombre y mujer. Simplemente eso. Nunca he sido clasista. El que una chica sea sirviente, no significa que no tenga que fijarme en ella.

—Muy británico, por lo que veo —bromeó ella—. Bien, señor Derrick, creo que ése es asunto suyo, no mío. Hasta otra. Y cuídese. No me gustaría que le ocurriese nada. Después de todo, es el único chico guapo que he visto desde que resido en Wollenstein, aunque esto le pueda hacer elevar su ego masculino...

Y riendo suavemente, la bella muchacha subió al coche. Kauffman ya había logrado calentar el motor y hacer arrancar el vehículo. Agitó una mano hacia Derrick, guiñándole un ojo con picardía por haber escuchado sin duda la conversación entre ambos jóvenes, y se alejaron de regreso a la población, desapareciendo pronto tras el recodo del sendero, cubierto ahora por la nieve.

Derrick inició el regreso al interior del castillo, pensativo, no sin antes dirigir una sombría mirada de soslayo al viejo y enigmático torreón de la muerte.

Lanzó un grito de profundo asombro y se precipitó dentro del edificio, impetuosamente, provocando el sobresalto de todos los presentes. El barón Wollenstein, que charlaba animadamente con el reverendo Bormann, se volvió a él, alarmado.

—¡Derrick! —exclamó—. ¿Qué le ocurre? Parece que hubiera visto un fantasma...

—Y así es, barón —dijo el joven inglés con voz quebrada—. Arriba, en el torreón...

—¿Otra vez? —se impacientó Wollenstein con gesto huraño.

—Esta vez he visto un rostro tras el cristal de esa ventana... Era el rostro de ella, de Hildegard Wollenstein... mirando al exterior. Creo que fijaba sus ojos en mí, barón...

CAPITULO VIII

La cena transcurría fría, deslavazada, como si sobre los silenciosos comensales flotara una nube densa de tristeza, de agobio y de malos presagios.

Pese a la presencia del locuaz reverendo Bormann y su muy rubicundo rostro, cada vez más enrojecido por efectos del alcohol, la reunión en torno a la mesa y a los excelentes manjares de la cocina del castillo distaba mucho de resultar grata o cálida.

El barón parecía muy lejos de allí pese a responder cortes-mente a la constante catarata verbal del reverendo. Su hijo Helmut era la viva imagen de la melancolía y de la hosquedad, mientras Kris no hacía demasiados esfuerzos para romper el hielo. La señora Wollenstein se había excusado de bajar a cenar, permaneciendo en sus habitaciones recluida, bajo los efectos del sedante administrado por el médico.

En cuanto a Martin Derrick, absorto y malhumorado, era otro elemento negativo de cara a proporcionarle alicientes' a la velada.

—No se ponga así, amigo mío —dijo en cierto momento el reverendo, dirigiéndose cordialmente al joven británico—. Después de todo, nadie ha dicho que usted no viera ese rostro en la ventana. Simplemente, amigo mío, nosotros no lo vimos, eso es todo.

—¿Le parece poco, reverendo? —se irritó Martin—. Yo acababa de ver su cara, tan claramente como estoy viéndoles a ustedes ahora aquí. Puedo jurarlo una y mil veces. Era pleno día, no había posibilidad de alucinaciones. La vi. La vi claramente. Su rostro se dibujaba en los cristales color caramelo con una claridad meridiana, como si tuviera pegada la faz al vidrio. Y era ella. Hildegard. El mismo rostro, los mismos ojos, su forma extraña de sonreír, su cabello negro...

—Por el amor de Dios, Derrick, no siga —se estremeció Kris, respirando profundamente y apartando su plato a medio consumir—. Es horrible...

—Horrible. Pero ocurrió, señorita Wollenstein —replicó Derrick—, Aunque admito que luego, al salir conmigo su tío y el reverendo, no se veía ya nada en esa vidriera maldita. Ni volvió a verse en momento alguno...

—Le ofrecí subir de nuevo y ver por nuestros propios ojos si...

—Lo sé, barón —le interrumpió Martin—. Y yo me negué. ¿Para qué molestarnos en subir de nuevo allí? Estoy seguro de lo que encontraríamos en esa alcoba: nada. Ni rastro de Hildegard ni de nadie.

—De modo que está probado ya —dijo Helmut amargamente—. El fantasma existe. Es ella la que está matando a todos cada veinticinco años...

—¡Bah, bah, paparruchas, muchacho! —protestó jovialmente el reverendo alzando sus gruesas manos con energía. Eructó, antes de proseguir—: Es el demonio quien mora en esta casa y hay que arrojarlo de ella cuanto antes. El demonio, que adopta las más variadas formas sutiles para enloquecer a los humanos y extender su maldad...

Háganme caso: deberíamos exorcizar este castillo y librarle de las fuerzas del Mal...

Derrick, Helmut y Kris cambiaron una mirada significativa, sin decir nada ante la insistencia del sacerdote a atribuirlo a los poderes satánicos. Lukas, que era quien servía esta noche la mesa, sin ayuda de nadie, retiró los platos para servir el postre.

—La señorita Hostmayer, la enfermera, informa que la fiebre de Marlene ha ido cediendo, y su estado es tranquilo en estos momentos —informó el mayordomo mientras ponía los platos a los cinco comensales.

—Menos mal... —suspiró Wollenstein con alivio—. Si al menos terminase aquí este horror...

—No es posible, papá —rechazó Helmut gravemente—. Recuerda la tradición. Se ha de cumplir el ritual de sangre. Debemos morir cinco personas este año.

—¡Qué barbaridad! —protestó de nuevo el reverendo Bormann—. Creo que exageran ustedes... De todos modos, yo les aconsejaría que cada uno llevara consigo una cruz en estos momentos, para protegerse de todo mal... El Enemigo a veces retrocede ante el signo del Bien...

Derrick se sintió muy aliviado cuando la cena terminó y todos se pusieron en pie, abandonando el comedor. Empezaba a sentirse realmente harto de la presencia del locuaz reverendo. Este no tardó

en marcharse, despidiéndose jovialmente de todos y recomendándoles, una vez más, que limpiasen de influjos maléficos la casa, y que Satán debía ser expulsado del castillo por métodos ortodoxos y eficaces que sólo la Iglesia podía facilitar.

El barón le prometió pensar el asunto, y el sacerdote tomó su pequeño y destartalado Fiat para iniciar el regreso al pueblo, rechazando la invitación a quedarse a dormir en el castillo, alegando sus obligaciones para con su capilla.

—Menos mal que se fue —resopló Wollenstein, sin ningún disimulo, al cerrar el portón del castillo definitivamente por aquella noche—. Empezaba a pensar realmente que el diablo estaba sentado con nosotros a la cena de esta noche...

Kris logró sonreír con el comentario de su tío, pero pronto se despidió de todos, marchándose a la cama, lo mismo que su primo Helmut. Se quedaron solos en el salón Derrick y su patrón.

Ambos se miraron mientras fumaban un cigarrillo.

—Ha sido un mal día para todos —comentó Wollenstein tras un silencio.

—Sí, bastante malo —convino Derrick amargamente.

—Mañana puede dejar su trabajo. No corre tanta prisa... mientras no encuentre algún rastro del paradero de... de la cabeza de Hildegard, Derrick.

—No puedo dejar de trabajar, barón. Opino como usted. Si todo lo que sucede aquí es realmente sobrenatural, tenemos que enfrentarnos a ello definitivamente e intentar buscar el remedio que sea. Si la única solución es dar con algún indicio que nos lleve al lugar donde reposa esa cabeza, tenemos que buscarlo día y noche.

—Derrick, acerca de... de lo que usted ha visto esta tarde... de ese rostro en la ventana... —habló con acento inseguro el barón.

—¿Sí? —Martin le miró enarcando las cejas.

—Quiero decirle que estoy bien seguro de que lo vio usted. Pero me pregunto por qué solamente usted y no yo...

—Me temo que esa pregunta sólo pueda contestarla ella.

—Ella... —repitió Wollenstein como quien cita una obsesión

enloquecedora. Se cubrió la cabeza con ambas manos, crispado—. Dios, Dios, ¿por qué todo esto, por qué esta pesadilla de sangre y de horrores? ¿Cuándo va a terminar de una vez por todas?

—Son preguntas sin respuesta... todavía, barón —sentenció cansadamente Derrick, poniéndose en pie—. Creo que me retiro también a dormir. Madrugaré cuanto pueda para trabajar intensamente en la búsqueda de lo que tanto necesitamos...

Se despidió del barón, y se fue a dormir. Antes de acostarse abrió la ventana y miró al exterior. Estaba nevando otra vez, lenta pero insistentemente, la mancha de sangre de Marlene se borraba ya del lugar a medida que caían los copos. Miró al torreón, ahora en sombras, a la siniestra ventana de vidrios amarillos, totalmente a oscuras en este momento.

Se preguntó qué secreto guardaba, exactamente. Luego cerró de nuevo, acostándose y apagando la luz. Evocó su primera noche en el castillo, la presencia de la mujer a su lado, como una trágica premonición de cuanto iba a suceder durante su estancia en aquel lugar.

Cerró los ojos, creyendo verla ahora otra vez, junto a sí, como una sombra helada y trágica, llegada de las tinieblas de la muerte. Flotando su rostro, su inolvidable, hermoso y maligno rostro en la oscuridad, como lo había creído ver flotar aquella misma tarde tras los cristales de la ventana del torreón.

Por vez primera en mucho tiempo, rezó. Y rezó con fervor. Tal vez ello le ayudó a conciliar el sueño. Lo cierto es que se durmió rápida y profundamente, a pesar de la terrible jornada vivida.

Derrick ignoraba que, una vez más, le aguardaba un terrible despertar.

Los gritos, agudos y llenos de histeria, fueron los que le arrancaron del sueño.

Se incorporó, sobresaltado, tratando de arrancar de sus ojos y de su mente los últimos vestigios de sueño. Debía ser muy temprano, porque tuvo que encender la luz eléctrica, ya que en el exterior sólo una difusa claridad azulada marcaba la proximidad del amanecer. Permaneció atento unos segundos, tratando de localizar el origen de aquellas voces asustadas.

Captó revuelo en la casa, carreras y puertas que se abrían y cerraban con fuerza. Pero las voces venían del exterior.

Sorprendido, saltó de la cama, se cubrió con un batín y abrió la ventana. Le sorprendió que las voces vinieran de la intemperie, porque estaba haciendo frío muy intenso, soplaba un aire helado, y los copos de nieve caían con densidad ahora. En torno al castillo, todo era blanco como un manto espeso. Ni los caminos eran ya visibles. Había debido nevar toda la noche.

Sufrió un sobresalto al ver luces en el torreón. Pero esta vez, la ventana encristalada estaba rota, los vidrios amarillos destrozados, colgaban de sus soportes emplomados, dejando ver un ancho boquete, tras el cual bailoteaban luces de petróleo y velas aguadamente. Y había no una, sino varias sombras humanas en la trágica habitación de Hildegard Wollenstein.

—Dios mío, ¿qué estará sucediendo allí? —murmuró con voz ronca, sintiendo de pronto una indefinible sensación de horror.

Se precipitó fuera de la habitación, viendo que las luces de la casa estaban encendidas en gran parte. Abajo, alguien sollozaba ahogadamente, y otra voz trataba de consolar a la mujer de los sollozos.

Estuvo un momento abajo, descubriendo en su silla de ruedas, envuelta en una manta, a la esposa del barón, que era quien emitía los sollozos sin parar. Tratando de ayudarla en vano, se encontraba la señorita Hostmayer, la enfermera de Marlene.

—Por el amor de Dios, ¿qué sucede ahora? —jadeó Derrick, angustiado, acercándose a ambas mujeres.

Apenas le vio, la señora Wollenstein rompió a llorar amargamente con más fuerza. La enfermera miró al joven inglés y meneó la cabeza con pesar. Estaba pálida y sin cofia, pero su rostro seguía siendo sereno y su pulso firme. Era la viva imagen de la eficiencia.

—Algo espantoso ha sucedido en el torreón, señor —informó la enfermera—. Creo que han encontrado muerto a alguien en esa estancia... Todos han ido allí ahora...

—Cielos, no, otra vez no... —gimió Derrick, realmente aterrado—. ¿Cómo está su paciente?

—¿La joven doncella herida? —la señorita Hostmayer tuvo un atisbo de sonrisa en su grave rostro—. Bastante bien. Creo que totalmente fuera de peligro ya. Y casi sin fiebre...

Derrick no se entretuvo más allí. Corrió despavorido hacia el torreón.

Por el camino se cruzó con una mujer canosa de recia figura. Sabía que era la cocinera, Roszy, aunque no la había tratado en ningún momento. También lloraba vivamente, apoyada en un muro, y ni siquiera pareció escucharle cuando Martin le preguntó quién era la víctima.

Sintiendo palpitar con fuerza su corazón, el joven llegó a la planta alta del torreón. La puerta de la cámara trágica estaba abierta de par en par, y dentro todo eran voces, movimiento y bailoteo de luces. Por la ventana rota, entraba ya una lividez más nítida. Aunque nublado, triste y plomizo, el nuevo día apuntaba ya.

Derrick se detuvo en el umbral. Sus ojos recorrieron a todos los presentes con celeridad, identificándoles con rapidez: Lukas, el barón, Helmut...

El nombre brotó de sus labios como un dardo, como un escopetazo:

—¡Kris! ¡Oh, no...!

Todos se volvieron a mirarle, lívidos y ensombrecidos. Sujetaban dos lámparas de petróleo. Un candelabro con velas lucia sobre el mueble.

—Sí, Derrick —jadeó el barón, desolado—. Es ella, la pobre Kris... Dios sea loado, qué horror, qué tremendo horror...

Como sonámbulo, el joven avanzó, abriéndose paso entre los tres hombres que ocupaban la habitación, en torno a la gran cama con dosel donde Hildegard matara a sus dos primeras víctimas decapitándolas a hachazos, ciento cincuenta años atrás...

Esta vez era Kris, como él temiera. La pobre muchacha Kris, la sobrina del barón.

Como en viejos tiempos, alguien la había decapitado con un arma devastadora. Tenía la cabeza separada del tronco, un gesto de inmenso horror desfigurando sus facciones, desorbitando sus ojos... La sangre formaba un gran charco sobre las ropas de la cama, entre el cuerpo y la cabeza, separados unas' pulgadas entre sí. En el suelo, junto a la cama, brillaba un enorme espadón, reflejando las luces oscilantes que invadían la cámara.

—Es una vieja espada familiar —le informó Lukas, el mayordomo, con voz ronca, al observar la dirección de su mirada—. Siempre estuvo abajo, en la panoplia de la escalera por la que se sube al torreón, señor... Hace falta mucha fuerza física para empuñar un arma así.

—O mucho poder sobrenatural —susurró Derrick entre dientes, mirando patéticamente a la infortunada muchacha.

Fue hacia la ventana rota. Miró al suelo. Ahora las pisadas abundaban en el polvo. Sería imposible distinguir unas de otras, tras deambular los tres hombres por la cámara. Y, sin duda, también Kris, antes de morir de tan salvaje manera.

Pero si era así, ¿qué había atraído a la joven Kris hasta el torreón en plena madrugada? Nunca pensó que ella fuese tan decidida y valerosa como para eso, pensando como pensaba, que todo era obra de un ser que regresaba de la tumba.

Pero lo cierto es que había llegado allí, y que ahora estaba muerta. Eso nadie podía cambiarlo ya, desgraciadamente.

Se sentía terriblemente mal, con una convulsión dolorosa en el estómago, a punto de vomitar.

—¿Qué pudo hacer eso? —preguntó en voz alta, sobreponiéndose a su momentánea debilidad. Y señaló la ventana rota.

—Lo hemos estado examinando —dijo el barón con voz quebrada—. Parece que el asesino, al atacar a mi pobre sobrina, alzó el espadón de espaldas a esa ventana, y el arma desgajó la vidriera.

—Precisamente el estruendo de vidrios rotos es lo que me despertó —dijo el mayordomo, presuroso—. No sólo a mí, sino también a la cocinera, Roszy. En su zona del castillo es más difícil, porque con las ventanas cerradas y el viento soplando en esta dirección, el ruido llega muy amortiguado. Por eso me levanté y traté de indagar la causa del ruido de cristales rotos. Entonces vi el boquete en la vieja ventana, y avisé con urgencia al señor.

—Vine en seguida hacia acá con Lukas —añadió cansadamente Karlheinz Wollenstein—. Y nos encontramos con este horror...

—Yo..., yo oí correr a mi padre y a Lukas hacia acá, y salí del dormitorio para saber qué ocurría.

Desperté a mamá, y entonces volvió Lukas para informarnos de lo que ocurría... Fue terrible. Supongo que mamá debe estar muy afectada...

—Sí, me temo que sí —dijo Derrick sombríamente, examinando los vidrios rotos, que rozó con los dedos, mecánicamente—. Esto va a afectarnos mucho a todos, Helmut, muchacho.

Y no dijo más, al ver cómo el chico se echaba a llorar desconsoladamente.

Derrick, en silencio, se retiró de la cámara bañada de nuevo en sangre, siglo y cuarto después de la primera gran tragedia entre aquellos muros.

Al llegar al vestíbulo, le aguardaba una nueva noticia de horror. La enfermera señorita Hostmayer había dejado de ocuparse de su paciente, para hacerlo del teléfono, que tenía en esos momentos en sus manos. Parecía tan sobrecogida como los hombres que dejara arriba, en el torreón. Colgó despacio, mirando al inglés con ojos vidriosos, ausentes.

—Señorita Hostmayer, ¿sucede algo malo? —preguntó Derrick, pensando para sí que no podía esperarse allí nada realmente bueno.

—Dios mío, algo espantoso... —gimió la enfermera—. Era... era la policía, desde el pueblo, señor... Al parecer, anoche, cuando regresaba a su capilla, el reverendo Bormann sufrió un terrible accidente de automóvil. Su coche se precipitó a un barranco y... y resultó muerto...

En ese momento, un claxon sonó fuera repetidas veces, mientras la sangre se le helaba a Martin Derrick en las venas.

CAPITULO IX

—Es cierto —confirmó tristemente Herta Krugg—. El reverendo murió anoche, de regreso... Hemos visto su cadáver. Está horriblemente destrozado, pero se le pude reconocer, pese a todo. El coche quedó hecho una piltrafa...

—Dios mío, ¿por qué no nos avisaron antes? —preguntó el barón Wollenstein, demudado.

—No se pudo hacer, barón —dijo Kauffman, que acompañaba a su joven cliente en el nuevo viaje al castillo—. Los teléfonos se averiaron a causa del viento y la nevada. No han podido repararlos hasta hace poco.

—Hemos tenido que apresurar la marcha para llegar aquí lo antes posible —añadió la joven—. Sospecho que si sigue nevando así, los caminos van a quedar bloqueados sin remedio.

—Es lo que nos faltaba —resopló Derrick, mirando al exterior. Luego dirigió una breve ojeada a la joven—. ¿Por qué han vuelto, en ese caso, si temen no poder regresar al pueblo, señorita Krugg?

—Teníamos que hacerlo —explicó ella brevemente volviéndose a él —. He encontrado algo en el pueblo que quiero que examinen. El señor Kauffman me ayudó mucho en ello. En realidad podría decirse que es obra suya.

—Vamos, vamos, señorita Krugg, no sea modesta —sonrió su abogado con aquel aire entre cachazudo y astuto que Derrick observara ya en él durante el viaje de Berna a Wollenstein—. Lo cierto es que la idea fue suya. Me limité a sugerirle algo, y usted estuvo de acuerdo conmigo.

—Bien, ¿de qué se trata? —demandó impaciente el barón Wollenstein, que se había vestido enteramente de negro para atender a sus visitantes, como señal de luto por la horrible muerte de su sobrina.

—De esto, barón —dijo Kauffman con lentitud, inclinándose para abrir un maletín ancho, de estilo antiguo, semejante al usado por los médicos, pero de mayor tamaño—. Por favor, les ruego que no se impresionen. A fin de cuentas, todos aquí somos adultos...

Incluso Lukas, el mayordomo, que acababa de servir el desayuno a los ocupantes y a las visitas del castillo, inclinó la cabeza, curioso, para mirar por encima del hombro de su patrón. Junto a éste, un Helmut particularmente lívido y demacrado, giró los ojos enormes y tristes en sus órbitas, mientras el abogado Kauffman desenvolvía con lentitud un envoltorio de tela oscura, bajo el cual, dentro de una bolsa de plástico transparente apreció... una calavera humana.

Instintivamente, todos hicieron un movimiento de retroceso. Wollenstein lanzó una imprecación de horror, mirando sobresaltado a sus visitantes. Derrick parpadeó, intrigado, empezando a imaginar algo, allá en el fondo de su cerebro...

—Dios, ¿qué es eso? —jadeó el barón, trémulo, señalando la calavera amarillenta y pulcra que Kauffman le mostraba.

—Una calavera, por supuesto —explica Herta gravemente—. De mujer. El doctor lo confirmó tras un examen minucioso. Como ven, la calavera muestra una rara protuberancia calcificada en la nuca. Mediante unos viejos informes, hemos sabido que Hildegard Wollenstein sufrió siendo soltera un grave accidente al caer de un caballo y padecer una lesión justamente en ese mismo lugar de su cabeza, de la que sanó por fortuna para ella...

—Exacto —corroboró vivamente Derrick—. He leído ese dato en los documentos familiares, señorita Krugg, Y también algo más: dos dientes de la parte superior izquierda de la boca de Hildegard se rompieron en el accidente...

—Ahí pueden ver ambos dientes —dijo triunfalmente Kauffman, señalando la parte concreta en la calavera—. Se conserva de forma maravillosa. Dos dientes rotos, ya lo ven...

—¿Qué pretende decirnos, señor Kauffman? —jadeó Wollenstein, tragando saliva—. ¿Que esa cabeza es de... de...?

—De Hildegard Wollenstein, sí —afirmó rotundamente Herta—. Estamos seguros de ello. Y el doctor también...

—Dios mío... —sus ojos se cruzaron con los de Derrick—. ¿Cree que eso es posible, amigo mío?

—¿Por qué no? —Derrick se encogió de hombros—. ¿Dónde dieron con ella?

—En las tierras de mis antepasados, los Von Brandt —explicó Herta, calmosa—. Tenía la idea de que Paul Wollenstein no quiso cargar con

la responsabilidad de tener en sus propiedades la cabeza de la mujer ajusticiada, y optó por ocultarla en una tierra que entonces era propiedad de los Von Brandt, acaso para evitar que los Wollenstein recibieran el influjo maléfico de la mujer decapitada por el verdugo.

—Yo le dije que era muy posible. Buscamos en las ruinas de la vieja abadía cercana a la casa —añadió Kauffman—. Y allí encontramos, en efecto, una pequeña cripta, muy oculta entre las piedras ruinosas, justo bajo el altar antiguo. Era apenas un cubículo sepultado, dentro del cual, en una hornacina, había una pesada afora de bronce, sellada y con la Cruz grabada en sus sellos y en su tapa de metal y lacre, acaso para evitar q»e algo maléfico escapara de ese recipiente.

Dentro... estaba este cráneo. Con posibles residuos putrefactos de cabellos negrísimos y de tejidos hechos polvo, junto con los mismos gusanos que debieron destruirlos...

Un ramalazo de frío y silencioso pavor pareció cruzar por la sala, helando los miembros y la piel de cuantos allí se encontraban. Helmut, instintivamente, se acurrucó contra su padre, como buscando protección. El rostro tenso del barón tenía una gravedad inusitada. Tomó de manos de Kauffman la calavera envuelta en plástico. La contempló largamente, pasándola luego a Derrick, que pareció sumirse en la contemplación de los ojos sin luz ni pupilas, en las negruras de las dos fosas lúgubres que eran las vacías cuencas del descarnado rostro.

—Hildegard, la asesina sanguinaria... —musitó el inglés, tratando de ver alguna semejanza entre aquella máscara de huesos amarillos y aquel hermosísimo rostro perverso del cuadro sangrante—. Hildegard, mujer o demonio... Cielos, tenía razón Hamlet. ¿Qué se hace de la hermosura femenina, de la sonrisa, de la viveza de los ojos, de la vida misma...? Tome, señorita Krugg. La felicito. Ha sido usted muy inteligente. Su teoría resultó brillante y cierta. Ahora sabemos lo que fue de la cabeza de Hildegard Wollenstein, barón...

—Y no me parece en absoluto capaz de llevar a cabo maldición alguna... —señaló con un suspiro Herta, contemplando melancólicamente la calavera.

—Yo juraría, sin embargo, que fue su rostro en vida el que vi sobre mi lecho, detrás de la ventana del torreón... —murmuró lúgubremente Derrick, moviendo la cabeza con aire perplejo.

Siguió un pesado silencio. Nevaba fuera sin cesar, copiosísimamente. El nivel del blanco elemento, crecía por momentos, apelotonándose

incluso contra los ventanales del castillo. Kauffman estaba meditando en otras cosas mientras guardaba de nuevo la calavera en el maletín.

—Sea como sea, su sobrina Kris ha muerto violentamente, barón —le recordó—. Eso quiere decir que la maldición existe, puesto que nadie podía entrar en aquella cámara del torreón.

—Se equivoca, Kauffman —le replicó Derrick con viveza—. Kris entró, sin duda. Y tal vez antes que su asesino. Buscaba algo allí. Me pregunto qué...

—¿Y el reverendo? ¿Fue la maldición la que volcó su vehículo en la carretera anoche? —demandó Herta, dubitativa—. Su coche era viejo, pero siempre había respondido bien, incluso en inviernos crudos. Siempre cabe el accidente, pero... ¿se puede aceptar, dadas las circunstancias... o fue un asesinato, causado por un ser vivo o muerto?

Todos se miraron entre sí. Se respiraba una profunda sensación de agobio y de angustia en el salón. Dos muertes seguidas, apenas unas horas después de estar a punto de morir atravesada por un dardo de ballesta la doncella de la casa, y reciente aún la trágica muerte del chófer Luther, eran demasiado para aquellas personas sometidas a una tensión intolerable de sus nervios.

Martin Derrick se puso en pie, caminando hasta uno de los ventanales. Contempló la nieve que caía formando gruesos copos algodonosos en el aire gélido de la mañana. Encendió un cigarrillo, pensativo. Herta se reunió con él. La miró. Ella sonrió levemente.

—Se ha metido usted en buen sitio —murmuró la joven, irónica.

—No me hable —suspiró Martin—. Si llego a saberlo en Londres... Llevamos ya tres muertos y una persona grave. Podría suceder que falten aún dos por morir... y yo puedo ser uno de ellos. O usted, señorita Krugg. ¿Por qué volvió?

—Ya se lo dije: tenía que traer esa cabeza.

—Oh, sí... La cabeza de Hildegard Wollenstein... Ni siquiera fui capaz de encontrarla, cuando el barón esperaba que mi trabajo le permitiese esa posibilidad...

—¿Cree de veras que una simple calavera descarnada puede encerrar algo tan siniestro y terrible? Parece tan inofensiva...

—No se trata sólo de los hechos de este momento, señorita Krugg.

Recuerde los otros años...

—Aun así, me resisto a creerlo... Y por favor, no me llame más así. Mi nombre es Herta y me gusta. El suyo es Derrick, ¿no?

—Así es. Pero también puede llamarme simplemente Martin. Es más familiar —sonrió él. Volvió a mirar al exterior—. ¿Cree que podrán volver hoy al pueblo, Herta?

—Me temo que no —suspiró ella—. Y conozco bien la región. Tiene todas las trazas de bloquearse. Ya nos costó mucho llegar. Algunos tramos eran impracticables.

En ese momento sonó el teléfono. El barón lo atendió. Y los temores de Martin y Herta se confirmaron pronto. Era el oficial de policía Hans Dietmar. No podían desplazarse ni él ni el doctor al castillo de Wollenstein. Se habían cortado todas las rutas a causa de la nieve. El pronóstico era pesimista al respecto. Podía pasar varios días sin que la situación mejorase. Y los teléfonos volvían a fallar en muchos puntos.

—Sólo nos faltaba esto —se lamentó amargamente Kauffman—. Aislados en la nieve... dentro del castillo.

—Y con el espíritu de la muerte flotando en él, a la espera de sus restantes víctimas para cumplir el ritual de sangre de los Wollenstein —remachó sombríamente el joven Helmut.

Derrick y Herta se miraron. Ninguno de ellos dijo nada. Pero él notó que la joven tenía un involuntario estremecimiento, pese a su indudable valor.

CAPITULO X

No podía dormir. Tampoco quería.

Vigilaba, simplemente. Vigilaba en la noche, en la oscuridad de su alcoba. Tras las emplomadas vidrieras de la ventana, seguía cayendo la nieve, incesante.

Eran ya horas y horas de aislamiento. Los teléfonos habían dejado de funcionar a media tarde. Los caminos, bloqueados totalmente por la nieve, impedían salir del castillo o acudir a él.

Y con la noche, había llegado el momento más temido. El que Martin Derrick imaginaba que podía culminar en un nuevo desastre, acaso el mayor de todos. No había que olvidar que octubre se terminaba ya. El asesino fantasma tendría que actuar de nuevo, para que el ritual se cumpliese en todas sus partes. Para que la leyenda continuara, más sangrienta y terrible que nunca.

Por eso esperaba. Por eso no dormía y, con los ojos muy abiertos, el corazón palpitando con fuerza, simplemente aguardaba, fumando en la sombra, la brasa de su cigarrillo como único punto visible en la oscuridad de la habitación.

Tal vez se equivocaba. Quizás la noche transcurriría en calma, ahora que el cráneo de Hildegard Wollenstein había aparecido al fin. Pero no lo creía. Estaba íntimamente convencido de que algo tenía que suceder.

Algo que daría, tal vez, un sentido a todo lo que hasta este momento carecía de ello por completo.

Pero las horas transcurrían, lentas e inexorables. Y no sucedía nada. Era ya la madrugada. En el castillo, todo era silencio, oscuridad, quietud...

De repente sucedió.

Y todos los temores de Martin Derrick se cumplieron.

De repente, un alarido terrible conmovió toda la casa. En alguna parte, se escuchó un golpeteo violento, un estruendo seco final, metálico, espantoso, mezclándose con un nuevo y supremo grito de horror y agonía...

Después, durante unos segundos que parecieron interminables, otra vez el silencio.

Martin Derrick se puso en pie de un salto. Empuñó el viejo sable que había arrancado aquella misma noche de una panoplia, como única arma defensiva. Dio la luz bruscamente, y salió al corredor como una centella.

Llegó a tiempo de ver, asomado a la barandilla, muy pálido y sobrecogido, al dueño del castillo, barón de Wollenstein, contemplando algo con viva expresión de espanto e incredulidad. Iba a medio vestir, con su rojo batín encima del torso desnudo y miraba abajo, al vestíbulo, desde la balaustrada del piso alto.

—¡Barón! —gritó Derrick—. ¿Qué sucede?

Desencajado, convulso, el barón se volvió, miró turbiamente a Derrick con unos ojos que expresaban infinito horror e incredulidad, y señaló con mano temblorosa hacia abajo, mientras las palabras escapaban dificultosamente de entre sus crispados labios:

—Abajo, Derrick, abajo... Es..., es horrible... Mi... mi esposa, Derrick..., ¡Mi ¡mi esposa!.

Martin se asomó, contemplando, al pie de la escalera, la silla volcada, metálica, arrugada e informe tras el tremendo impacto sufrido contra las baldosas del vestíbulo al caer desde la altura. Y debajo de ella, con la cabeza aplastada contra esas baldosas, sobre un charquito de sangre que se iba haciendo mayor por momentos, la ocupante de esa silla de inválida...

—De modo que ha sucedido, barón... —murmuró Derrick, mirando con gravedad a su anfitrión—. Ha sucedido... y ahora todo tiene sentido.

—¿Sentido? ¿Qué, el qué? —gimió aquel hombre, despavorido y fantasmal—. Mi esposa, Derrick, mi esposa... ¿Qué sentido tiene este horror?

Martin no dijo nada. Se volvió, Kauffman venía a la carrera, empuñando una pistola automática, y en pos de él llegaba Herta Krugg. Luego fueron visibles los demás: Lukas, Helmut, la enfermera Hostmayer...

Kauffman miró a Derrick en silencio. Dijo con brevedad:

—Todo era como usted y yo suponíamos, Derrick. No había error...

El barón les miró sin entender. Derrick asentía con la cabeza. Herta se asomaba a la balaustrada, contemplando el cuerpo sin vida, bajo la silla. Lukas, el mayordomo, a medio vestir, estaba inclinado sobre el cuerpo inerte, examinándolo. Alzó la cabeza canosa, hacia los demás, y murmuró como si todo aquello no tuviera el menor sentido:

—Pero no es... no es la... la señora...

—No, Lukas —suspiró Derrick—. No es la señora Wollenstein la víctima. Quien cayó con esa silla y se mató, es Marlene, la doncella... Un trágico error del asesino, ¿no es cierto, señor Karlheinz Wollenstein?.

Y miró fija, acusadoramente, al hombre pálido que se erguía ante él. Kauffman se había situado junto al barón, y su pistola parecía encañonar al dueño del castillo. Este contempló a todos con aire aturdido.

—No entiendo..., Derrick; ¿qué significa esto? —jadeó.

—Usted lo sabe muy bien, barón —dijo cansadamente Derrick—. Ha matado a su cómplice en estos crímenes y no a su esposa, como deseaba. De repente, todo ha dejado de tener sentido para usted. Por Marlene hizo todo cuanto hizo, y ahora no sólo no ha logrado deshacerse de su esposa, sino que ha perdido definitivamente a su amante y cómplice en esta absurda, sangrienta cadena de crímenes... Kauffman, cuide de él. Le tendremos vigilado hasta que podamos avisar a la policía y vengan a por él...

—Derrick... —Helmut, muy pálido, se aproximó al inglés—. ¿Está hablando en serio? ¿Mi padre hizo todo eso, e intentó asesinar a mamá... sólo por una criada?

—No, amigo mío. No creo que Marlene fuese realmente una criada. Hoy supe que sólo llevaba aquí unos tres meses al servicio de su padre. El la introdujo como doncella, para planear su idea criminal de deshacerse de su esposa sin que nadie pudiera acusarle de nada. En realidad, ésa era la única razón, el objetivo final de toda esta horrible mascarada: matar a su esposa y unirse para siempre a Marlene, su amante...

—Y mi madre... mi madre... ¿dónde está ahora? —gimió Helmut, al ver que su padre, lívido y abatido, ni siquiera tenía energías para replicar las palabras de Martin Derrick.

—Cálmese, Helmut. Está a salvo y no le ocurre nada —suspiró Martin

—. Sólo su silla de inválida ha sufrido daño, ¿no es cierto, enfermera Hostmayer?

—Así es —la enfermera miró gravemente a Derrick—

Pero usted... usted debió decirme lo que sucedía, cuando me pidió que cuidase esta noche de la señora, olvidándome de la chica herida. No ha sido un homicidio, después de todo.

—¿Homicidio? —sonrió amargamente Derrick—. ¿Matar a Marlene? No, señorita Hostmayer. Ha sido frío y deliberado asesinato. Sólo que lo cometió el barón Wollenstein, en la persona de su propia amante, creyendo que arrojaba por la escalera a su propia esposa. Sólo cambió la víctima. Nada más que eso. De no mediar este fallido asesinato, cometiendo otro, no hubiéramos podido probar jamás que él era culpable. Y tampoco hubiéramos podido salvar la vida de su esposa, que es de lo que se trataba.

—¿Cuándo... cuándo supieron ustedes que él era... el asesino? —sollozó Helmut.

—Cuando hoy mismo vi esa inofensiva calavera de Hildegard Wollenstein, y el abogado Kauffman y la señorita Krugg me hablaron de la reciente presencia de Marlene en esta región, así como de las diferencias que existían realmente entre sus padres, Helmut. Se me ocurrió pensar si no sería todo una gran farsa, encaminada a buscar una coartada para un crimen perfecto.

—Pero Marlene fue herida con una ballesta, y papá no pudo hacerlo...

—No. Ella misma lo hizo. Se clavó el dardo con su propia mano. La ballesta depositada en el torreón no fue utilizada jamás. Lo he comprobado. Lleva décadas sin usarse. Comprobé que ese punto del exterior donde se halla una argolla empotrada en la roca es el sitio ideal para elegirlo como blanco desde el torreón. Eso lo sabía su padre, y dispusieron él y Marlene toda la comedia. Casualmente, ella fue la única víctima que no llegó a morir. Fue muy valerosa y temeraria al preparar su propio atentado, eso sí. Pero si la ballesta no había sido disparada, sólo había un medio de causar esa herida: por sí misma, simplemente. Al pensar en eso, ya vi claro todo lo demás, Helmut. Su prima Kris nunca hubiera subido sola al torreón. Ni con nadie, salvo con una persona en quien ella confiara ciegamente y que significara protección. Usted no podía ser esa persona, porque es débil, y enfermizo, muchacho. Por tanto, tuvo que ser su propio tío el que la convenció, con un pretexto, para llevarla allí. Y allí la sacrificó brutalmente, como un crimen estúpido más, que enmascarase el

auténtico planeado: el de su esposa Lilly. En el castillo, él era la única persona lo bastante fuerte para alzar aquel espadón y descargarlo sobre el cuello de Kris. De ahí el gesto de supremo horror de la pobre muchacha, al identificar a su asesino cuando no podía hacer nada por evitar su muerte...

—Dios mío... —Helmut vaciló, apoyándose en el muro.

—El barón estropeó el motor del coche del reverendo, sin duda, provocando que un fallo en los frenos manipulados por él lanzasen al infortunado al abismo. Otro crimen sin sentido, como los demás. Todo encaminado a crear ambiente. el clima de una farsa. Hildegard y la leyenda cargarían con todo el peso de los hechos aquí ocurridos. Entonces recordé que mi contrato aquí se debía a la iniciativa del propio barón. ¿Por qué precisamente en estas fechas? Porque necesitaba un testigo ajeno a la familia, para atestiguar que todo lo que sucedía entre estos muros era sobrenatural. Con los precedentes históricos, la coartada resultaría. Previamente había que mentalizarme también a mí, y todo comenzó con mis visiones de la primera noche. Naturalmente, era Marlene quien paseaba por el dormitorio del torreón, utilizando para alumbrar la ventana una batería con luz eléctrica...

—¿Y las visiones de Hildegard? ¿Y el cuadro sangrante? —indagó Helmut.

—Todo ello parte del mismo plan —sonrió Derrick. Miró a Kauffman—. Muéstrele usted lo que encontró.

Kauffman a su vez, miró a Herta, que asintió. La joven vecina fue a su cuarto. Regresó con un proyector y unas diapositivas.

—Simple proyección de una imagen obtenida del mismo cuadro. Así la proyectó en el vidrio de la ventana del torreón y en las cortinas del dosel de mi lecho, con lo que la impresión de realidad era grande, sobre todo en el ambiente adecuado. En cuanto al cuadro del archivo, nada más fácil que mancharlo con sangre de él mismo, causándose una herida leve en lugar no visible, y luego mutilando el cuadro y encapándolo de nuevo en sangre adecuadamente. Todo ello un juego tosco, pero eficaz. En un sitio moderno nunca resultaría Pero aquí, entre las piedras de un castillo y el clima de superstición, todo era factible. En el torreón, tras deambular por allí cuidadosamente, depositando simplemente polvo de nuevo sobre las huellas era suficiente para dar la impresión de que nadie entraba allí desde hacía años y años. Marlene, muy astuta, me sedujo en el archivo, mientras el barón manipulaba el cuadro sin yo enterarme. ¿Desean saber

cómo?

—Muy sencillo —dijo Kauffman, cuando Helmut asintió—. Tras el archivo hay una cámara reducida, a la que se entra por una puerta antigua, de esas simuladas en el muro de madera artesonada. Desde allí detrás, por una abertura practicada al efecto tras el cuadro, el barón inyectaba la sangre en éste a través del lienzo sin dificultad alguna. Yo encontré la cámara y la aguja hipodérmica, con sangre seca dentro de la jeringuilla. Desde un principio sabía que la leyenda era pura ficción, imaginaciones de la gente, muertes que podían explicarse de modo natural y que coincidieron más o menos con las fechas de los aniversarios, por las razones que fuesen. El pasado no me importaba, pero si el presente. Hablé con la señorita Krugg de ello y resolvimos investigar los sucesos de este castillo. Especialmente, al saber que el señor Derrick, aquí presente, era ajeno por completo a la conspiración y le utilizaban como simple testigo de los hechos, y no cómplice, como yo imaginaba en principio.

— A ellos les debo la solución del problema —dijo Derrick—. Y su madre la vida, mi querido Helmut. Esta noche convencimos a la enfermera Hostmayer para que cuidara de su madre, cambiándola de habitación y situando en su lecho —los Wollenstein duermen separados desde hace años— a Marlene, bajo el influjo de un sedante. El barón fue a la alcoba, y al actuar en la sombra, puso en la silla a Marlene en lugar de su esposa, y arrojó la silla por las escaleras, con su ocupante, cometiendo así su último crimen y el que movía todo el plan. Pero al oír el alarido de la víctima, reconoció sin duda la voz de Marlene y dio las luces, lleno de horror, descubriendo lo que había hecho. Tal vez moralmente, señorita Hostmayer, seamos responsables de una muerte violenta, pero con ello salvamos una vida inocente y sólo permitimos que una asesina fuese ejecutada por su propio cómplice y amante... Lo siento, barón. Jugó y perdió. Tal vez cometió un error trayéndome aquí. O tal vez Hildegard, después de todo, cumplió su palabra y mantuvo este ritual de sangre de los Wollenstein. Kauffman, cuide de él. Me temo que esta nevada que les forzó a permanecer esta noche aquí, como ustedes esperaban, para trabajar calladamente conmigo en la investigación de los hechos, seguirá todavía aislándonos por algunas horas...

El abogado asintió, manteniendo su arma pegada al abatido, derrotado barón de Wollenstein.

—Me alivia marcharme de aquí, Herta —confesó Derrick, mirando atrás, a la lúgubre silueta del castillo, que se perdía en la distancia sobre la blanca nieve.

—Y a mí —confesó ella—. ¿De veras cree que alguna vez existió la maldición de Hildegard?

—Es posible. Hemos explicado los crímenes de este día, pero ignoramos lo que realmente sucedió en los restantes aniversarios..., ni lo que puede suceder en el año 2.000...

—Es posible que tenga razón —suspiró la joven, mientras el coche que les conducía al pueblo transitaba dificultosamente por los senderos, abiertos de nuevo al tráfico, después de dos días de bloqueo—. Bien, Derrick... ¿Vuelve a Inglaterra?

—Sí. Ya nada tengo que hacer aquí. El empleo era demasiado bueno para durar...

—Yo pienso ir a Inglaterra este mismo invierno, Derrick.

—Entonces nos veremos allí —sonrió él mirándola—. Puedo enseñarle Londres, Herta.

—Iré, no lo dude —también sonrió ella—. Deseo conocer Londres. Y creo que usted será un buen anfitrión...

Siguieron alejándose de Wollenstein y su maldición sangrienta. Ambos deseaban en realidad volver a encontrarse lejos de allí, en un lugar distinto, lleno de vida.

Y se encontrarían. Eso era evidente.

FIN

Notas

[←1]

Naturalmente, el autor utiliza aquí un principado totalmente imagina rio. (N. del E.)